

CUENTOS IMPERTINENTES

JUAN MANUEL RAMIREZ PEREZ

Dedico con afecto estos cuentos a la memoria de Clemencia Hernández de Garcés, quien me inspiró algunos de ellos con su vital sentido del humor.

EL REGRESO DE OSPICIO

Marina se había separado de su esposo hacía varios años y nunca pudo superar el dolor que le causó verse abandonada por el hombre que amó. Una mezcla de tristeza y de ira la agobiaba, especialmente por las noches cuando regresaba de su trabajo en el que pretendía emplear hasta el agotamiento todas sus fuerzas para tratar de olvidar su pena. Pero al final del día su dolor era mayor.

Había perdido el gusto por todo lo que hizo en compañía de Ospicio durante tantos años de matrimonio. No quería hacer ni recibir visitas; detestaba que la invitaran al cine que fue una de sus diversiones favoritas; no volvió a probar el licor y entró en una depresión casi insuperable que revelaban su rostro macilento y sus ojeras moradas.

Al verla tan demacrada, una amiga le sugirió que consultara a un siquiatra muy reconocido, especializado en tratar a pacientes afectados por penas de amor. Marina aceptó el consejo.

-Cuénteme su problema con toda tranquilidad - le dijo el médico.

Marina, recostada en el diván de las consultas, iba a comenzar su relato, pero estalló en un llanto incontrolable. No pudo decir una sola palabra. Por más que lo intentaba, era incapaz de hablar y se atragantó con sus propias lágrimas, hasta el punto de que el médico tuvo que dedicarse a atender su ahogo.

-Cálmese, señora, trate de descargar su angustia conmigo - le repetía el siquiatra.

Marina se levantó cubriéndose la cara con un pañuelo, y salió de prisa buscando explicarle al doctor mediante señas que volvería otro día. Al llegar a su apartamento se tiró sobre la cama sollozando, y exclamó con rabia:

-¡Yo por qué querré tanto a ese desgraciado!

Ospicio tenía un temperamento sosegado y un carácter afable. A pesar de su timidez, siempre llevaba a flor de labios una ocurrencia, costumbre muy peculiar de las gentes de la región antioqueña. Era cariñoso con sus tres hijos y trataba de esquivar los enfrentamientos con Marina quien, por el contrario, era impetuosa y arrogante.

La pareja convivía en un ambiente amigable dedicada a la educación de sus tres hijos, dos jovencitas muy parecidas a su madre y un muchacho casi igual al padre. Todos eran estudiantes sobresalientes de los mejores colegios de la capital.

Había, sin embargo, algo sospechoso en Ospicio: Él se sometía de manera absoluta al gobierno que Marina ejercía en todos los asuntos de la casa: Por supuesto, la cocina estaba bajo su autoridad inobjetable, pero, también, la administración minuciosa del sueldo del sumiso marido. El cumplimiento de los compromisos sociales eran el que decidía la esposa, y los atuendos de todos los miembros de la familia los escogía Marina diariamente, sin apelación.

- Mija, por qué no me dejas poner la camisa azul que me regalaste en el cumpleaños – le suplicó Ospicio una mañana.

- No señor – replicó Marina. La de hoy es ésta porque las nuevas no se sacan todavía.

Oospicio bebía aguardiente, y cuando tenía unos tragos en la cabeza era mucho más simpático y ocurrente. ¡Yo soy el esclavo de Marina!,

decía con frecuencia, en medio de las risas de sus amigos y la íntima complacencia de su mujer.

Marina, quien confiaba ciegamente en la fidelidad de su marido, una mañana en que colgaba la ropa usada y le preparaba el traje del día encontró un papel inquietante. Era un número de teléfono escrito en una servilleta. Lo guardó sin decir nada y empezó a observar el comportamiento de Ospicio.

Lo sorprendió haciendo una llamada sospechosa; le pareció que su ropa tenía un perfume desconocido; lo vio fumar embelesado en su sillón de la biblioteca; observó que estaba llegando de su trabajo más tarde que de costumbre y supuso que usaba una tarjeta de crédito desconocida para ella.

Todo era cierto: Ospicio tenía una amante. Marina quedó desconcertada cuando comprobó la verdad. ¡Cómo es posible que me engañe si soy una buena esposa y lo visto con elegancia. En esta casa todo está en orden, y tiene una mesa con la mejor comida. Cómo me va a hacer eso a mí que no he mirado a otro hombre ni con el rabillo del ojo. Es el colmo de la injusticia con una mujer que le entregó su virginidad y su juventud. Esto no puede seguir así.

¡Vamos a ver quién es quién!, reflexionó Marina durante horas.

La exaltada mujer esperó al esposo un viernes por la tarde en que sus hijos habían salido para una fiesta y, cuando él entró, le dijo con energía:

-Ospicio, tenemos que hablar.

Él, asombrado, le preguntó: ¿de qué mi amor?

¡Qué amor ni qué pan caliente! Vamos a hablar de su amante.

Ospicio cambió de colores, pareció temblar y un sudor frío asomó en su frente. Sentado en el sillón de la biblioteca escuchó la enfurecida diatriba de Marina: Ya descubrí su secreto. La mujer con la que anda es esa empleadita que vino de Pereira hace como seis meses para que le colaborara en el trabajo que yo le conseguí a usted en el banco. Tengo las pruebas de todo y no me puede salir ahora con pendejadas. Aquí las cosas van a quedar claras de una vez por todas: O es ella o soy yo, porque yo no me voy a aguantar que tenga dos mujeres.

Marina se levantó y fue a la cocina a organizar la cena, en tanto que Ospicio se quedó estupefacto e inmóvil en su sillón.

En el comedor no se cruzaron palabra alguna, y cuando la empleada levantó los platos de la mesa se alarmó porque Ospicio apenas había probado los alimentos. Ya en la noche se retiraron a su alcoba matrimonial.

Mientras Ospicio permanecía con su mirada fija en el techo, Marina, volteada de medio lado, pensaba con satisfacción que había puesto las cosas en su sitio, y se durmió profundamente.

El mutismo que Ospicio había guardado durante varios días se rompió cuando al viernes siguiente, exactamente a la misma hora de la anterior conversación, le dijo a su mujer:

- Marina, quiero que hablemos-. Y se sentaron en la biblioteca tal como lo habían hecho una semana antes:

- Yo he estado pensando en todo lo que me dijiste y veo que tienes razón, empezó diciendo Ospicio. Yo no puedo tener dos mujeres y por eso he resuelto irme a vivir con mi novia. Entonces te quiero pedir el favor de que me organices la maleta porque yo me marcho esta misma noche.

Marina quedó atónita. No supo qué decir y tuvo deseos de levantarse y encender a golpes a su estúpido marido ¡Cómo se atreve a decirme que se va a vivir con la sinvergüenza que se consiguió! ¿Y yo, que?, ¿Acaso estoy pintada en la pared para decirme, así no más, que se va a calentar el nido de amor que le armó a su noviecita? Pues le voy a hacer la maleta para ver cuánto le aguanta esa culicagada que sólo busca acomodarse con un viejo para que la mantenga. Vamos a ver. Y pasó a la alcoba a prepararle el equipaje que armó con la ropa más vieja.

Después de la primera conversación en la que Marina le había reclamado por su romance, Ospicio quedó fascinado con lo que ocurría. No imaginó que la propia Marina le iba a abrir las puertas de la libertad cuando le dijo que escogiera entre ella y su amante. Aquella noche, con su mirada fija en el techo de su alcoba, lo que sentía era felicidad por la vida que llevaría en el apartamentico que él le ayudaba a pagar a su novia, y sólo ansiaba poder organizar rápidamente las cosas. Y en los días de silencios prolongados, lo que esperaba era que ella le avisara que todo estaba listo para el traslado.

Pasaron los años. El regreso de Ospicio, que Marina había supuesto cercano, nunca se produjo. Ella rumiaba su inconformidad que disimulaba a medias frente a sus hijos, y que crecía cuando en su alcoba solitaria la invadía la soledad y un sordo deseo sexual. Ospicio había cumplido aceptablemente sus obligaciones conyugales y ahora le faltaban a ella sus caricias. A veces se despertaba bañada en sudor después de un inconcluso afán por sentirse amada y con una ansiedad insatisfecha.

Pero algo milagroso empezó a ocurrir de manera repentina. Ospicio, quien de vez en cuando se había acercado a Marina por una u otra razón relacionada con la educación de sus hijos, empezó a visitarla con frecuencia.

La llamaba para anunciarle visita, y llegaba con gran naturalidad al atardecer de los viernes. Algunas veces llevó pan fresco; otras, un ramo de flores tropicales, y una tarde llegó con una botella de aguardiente.

Al comienzo, a Marina le fastidiaban aquellas visitas inexplicables que aceptaba a regañadientes, en parte, por cortesía y en alguna forma por consideración con sus hijos. Pero el asunto cobró un giro inesperado cuando Ospicio empezó a hablar de las dificultades por las que pasaba la relación con su amante.

-Mira, Marina, en realidad no nos entendemos – le dijo el marido un primer viernes de mes.

La empleada, que conocía perfectamente a los esposos porque había servido en esa casa por décadas, le dijo un día a su patrona:

- Señora, yo noto que don Ospicio está otra vez interesado en usted.

- No diga bobadas Hermelina, él viene solamente por cortesía

Ay, mi señora, yo conozco muy bien a mi patrón.

Marina empezó a cambiar su actitud indiferente, y en el fondo de su corazón empezó a abrigar una ínfima esperanza de que Ospicio regresara. Los indicios eran crecientes y las voces cercanas le advertían que estuviera alerta.

Fueron varios meses de visitas y ya, Ospicio, no venía solamente los viernes vespertinos, sino que, en ocasiones, lo hacía en diferentes días de la semana.

-Pero, ¿por qué las cosas no funcionan entre ustedes? – le preguntó Marina una tarde.

- Pues te voy a ser franco: Es que ella no se interesa por los asuntos de la casa y yo estoy acostumbrado a otra cosa.

- ¡Pero qué extraño Ospicio! – replicó Marina – si ustedes viven juntos hace más de tres años.

Ospicio llegó a contarle los más íntimos detalles de su relación, y Marina se convirtió en su confidente de todas las semanas. Ella le aconsejaba que tratara de mejorar su comportamiento, que fuera tolerante con los defectos de su amante, que pensara en lo que sería su vejez sin una compañía.

-Prepárate porque Ospicio va a regresar – le dijo a Marina su amiga más íntima.

La esposa abandonada entró en un enorme estado de nervios, y decidió visitar al siquiatra que la había atendido en la crisis de su separación. En la consulta le explicó la causa de su inquietud y le dio los detalles de lo que venía ocurriendo en el último año.

Él va a regresar - dictaminó el galeno con certeza.

Aquella noche, Marina repasó minuciosamente el comportamiento de Ospicio durante todo un año de visitas: Las confidencias que le hizo de su relación deteriorada con la amante; los favores que se atrevió a pedirle; la tranquilidad con que aceptó el regalo de la nevera y la lavadora que le hacían falta. Hizo memoria del dinero que ella le consiguió para que pudiera pagar la deuda atrasada de sus tarjetas de crédito, y concluyó apoyada por las observaciones de Hermelina, el consejo de su amiga y el concepto del siquiatra, que Ospicio estaba dispuesto a regresar.

Aquel viernes llegó Ospicio con un ramito de flores y más nervioso que nunca. Ya había vuelto a ocupar el sillón de la biblioteca y tuvo la confianza para servirse un trago de aguardiente.

-Marina, hoy vengo a decirte algo que he estado pensando seriamente,
- dijo después de apurar la copa.

Ella, tal vez cómo nunca lo había hecho con tanta fe, dio gracias a Dios y esperó con los ojos cerrados la propuesta.

Ospicio bebió otra copa y le dijo con total sinceridad: Por lo que tú has sido tan considerada conmigo y me has aconsejado con tanta inteligencia, te cuento que me separé definitivamente de la novia que tú conoces y quisiera que me acompañaras mañana a la Notaría Novena porque me caso con Elvira, la mujer con la que voy a pasar el resto de mi vida.

UN FUNERAL SIN MUERTO

Sentado en su vieja mecedora de madera en el pórtico de la casona, el doctor pasaba largas horas solitario viendo desfilan a los transeúntes que lo saludaban con respeto. Era una rutina invariable que se repetía en la frescura de todas las mañanas, y en las tardes cuando el sol había suavizado sus rayos abrazadores.

Aquella era la casa paterna a la que regresó cuando sólo la habitaba su hermana mayor que se había hecho cargo de todo. De eso hacía ya treinta años, después de haber vivido en muchas partes en busca de un destino impreciso, una ilusión inasible, un sueño indescifrable.

La casa del General era la más importante del pueblo, y en su época de esplendor llegaban a ella presidentes de la república, ministros, obispos y veteranos de las guerras civiles. Del techo de un amplio cobertizo siempre colgaban numerosos chinchorros tejidos por los indios guajiros, a la espera de los viajeros ocasionales que se alojaban bajo la generosa hospitalidad de la familia, y a quienes muchas veces no se les conocía siquiera el nombre.

Parecía, ahora, que en las estancias solitarias vivieran fantasmas que pasaban de un sitio a otro agitando las sábanas, cerrando los postigos de las ventanas o susurrando voces en la penumbra de los atardeceres nostálgicos. La puerta principal se abría cuando aclaraba la mañana, y se cerraba cuando empezaba a oscurecer en las últimas horas de la tarde; y como si se tratara de un lugar público, durante todo el día entraban personas de todas las condiciones que, saludando al doctor con un “permiso”, pasaban al comedor para servirse agua de la tinaja del filtro de piedra, abrían la nevera para tomar una fruta, llegaban hasta la cocina para calentar un café o seguían hasta el patio para orinar

contra el matorral de la enramada. De manera prodigiosa, como en los tiempos pasados, en esa vivienda espectral siempre había algo para el visitante, aunque no se supiera de dónde aparecía ni quién se ocupaba de llevarlo.

El doctor estudió bacteriología por la decisión de su padre para que complementara las carreras de sus dos hermanos médicos, con la idea de que fundaran una clínica en la que asociaran sus especializaciones. Sin embargo, abandonó el ejercicio de su profesión porque, según dijo, se cansó de oler caca ajena, y decidió abrir una farmacia que llegó a ser la más floreciente del pueblo. Pero, igualmente, la dejó persiguiendo la quimera de la antigua riqueza de su familia, y se fue en busca de un negocio próspero para el que compró una finca en las estribaciones de la Sierra Nevada. En ello invirtió hasta el último peso de su patrimonio atraído por el espejismo de una gran fortuna. Mas, el esfuerzo fue en vano porque resolvió sembrar arroz en aquella zona que había sido tomada por los productores de marihuana que la exportaban ilegalmente a los Estados Unidos y, naturalmente, los salarios de los trabajadores, los alimentos y lo necesario para atender los cultivos habían alcanzado unos precios altísimos. Además, la región se había convertido en un peligroso lugar por la condición de sus productores, y era frecuentemente inspeccionada por la policía a la que había que pagar costosos sobornos. Por todo eso, el negocio fracasó sin remedio y, en él, perdió todo su capital.

En adelante, comenzó una vida errante por ciudades y pueblos desempeñando oficios que nada tenían que ver con sus estudios y que asumía sólo para tratar de establecerse en alguna parte. Fue un infructuoso intento que, sin él saberlo, lo iba llevando cada vez más cerca de su pueblo. Era como un regreso inercial; como una fuerza centrípeta que lo atraía imperceptiblemente hacia su origen; como la energía de una ventisca misteriosa que volaba con dirección norte. Al fin, con su equipaje, que en cada sitio se fue haciendo más pequeño, recaló en su casa paterna una tarde lluviosa cuando nadie lo esperaba.

Él se aferró a aquella casona como a la tabla de salvación de un náufrago. Nunca más fue a otro sitio. Tal vez, sentado en el pórtico solitario repasaba su inextricable itinerario cuando anduvo buscando una justificación a su vida, porque detestó el frío de la capital, las calles empedradas de la villa colonial que le torcían el cuadril, y la tristeza de los pueblos andinos. Es probable que todavía soñara con recuperar la riqueza perdida, pero ya no tenía la fuerza necesaria para revivir sus ilusiones. Quizás pensó en reparar los destrozos que había causado el tiempo en la casa paterna, pero creyó que ya era demasiado tarde para detener la ruina.

Su permanencia en el pórtico sólo era acompañada por algunos amigos que llegaban de tarde en tarde a visitarlo. Si el visitante era de su agrado, el doctor sacaba, a rastra, la otra mecedora supérstite del desvencijado mobiliario familiar para que se sentara a su lado. Eran ratos de largos silencios, de monosílabos indiferentes, de preguntas sin respuesta, de alusiones imprecisas que cada cual entendía a su manera. Y cuando quería terminar la visita, el doctor tomaba su propia mecedora por el apoyabrazos, la arrastraba hasta el comedor grande y se encerraba en la alcoba.

A su edad, no le interesaba congraciarse con nadie ni hacer nuevas amistades. Fue cerrando el entorno de su vida hasta convertirlo en el espacio minúsculo de una parte de su casa, porque jamás volvió a pisar más allá del comedor, ni siquiera salir al patio interior para no tener que ocuparse de recordar nada. Su sitio era el pórtico de la casa en la que él se sentaba como el capitán en la proa de su barco con la mirada siempre al frente, y donde sentía que conducía lo que quedó de su estirpe hacia ese destino que ahora, probablemente, tampoco comprendía.

Tenía el propósito indeclinable, que mantuvo desde cuando salió de la Sierra Nevada, de no molestar a nadie. Por eso, nunca escribió una carta, jamás hizo una llamada telefónica ni envió noticias a nadie. Solo, en la inmensidad de su pequeño mundo cumplía con abnegación, sin

que nadie lo supiera, la misión que le encomendó su hermana antes de morir: ¡No dejes que esta casa desaparezca!

Vivía de una pensión que consiguió por sus múltiples empleos oficiales, y no tenía afanes económicos porque todos sus gastos los cubría con su jubilación de salario mínimo. Y, para administrarla, tenía una antigua empleada de su casa paterna que religiosamente cobraba la mensualidad y con ella atendía sus comidas y el lavado de la ropa. Los servicios públicos los pagaban los arrendatarios de dos locales que su hermana arrendó cuando se hizo la última remodelación del edificio. Sin proponérselo siquiera, había llegado al estado ideal de no necesitar nada más y de no tener nada más en qué ocuparse. Como todo lo suyo, la serenidad que lo rodeaba era espontánea, maquinal, impensada.

Llevaba mucho tiempo en sacar y entrar mecedoras, tanto que las patas gastadas lo hacían tambalear al balacearse, cuando apareció en la puerta el hijo mayor a quien hacía muchos años no veía. Le costó trabajo identificarlo, hasta cuando él le dijo: Papá vengo a visitarte. Entonces, trajo a rastra la otra mecedora, y sentados el uno al lado del otro se cruzaron algunas palabras como si se tratara de uno de los visitantes habituales. Nada nuevo tenían que contarse, ni pregunta alguna volvió a interrumpir los largos silencios que los acompañaban al vaivén despacioso de las sillas.

Varios días después, el hijo, tomándole suavemente una mano le dijo: Papá, vine a llevarte. Él no respondió ni hizo gesto alguno. Tal vez porque no lo entendió o porque ya no le importaba dejar su casa, se quedó inmóvil con la mirada fija en su más allá nebuloso.

Había llegado a una edad muy avanzada y su figura tenía las señales de una decadencia irreversible; como perdió toda la dentadura, debía usar unas prótesis que nunca volvió a ponerse, de tal suerte que su boca era una línea oscura detrás de los labios recogidos que frecuentemente se abrían dejando ver la oquedad que lo invadió en cuerpo y alma. Él mismo, en uno de sus innumerables viajes, hace

muchos años, se había asombrado cuando la mujer que iba a su lado en el bus se durmió profundamente y empezó a dar cabezazos sobre su hombro al vaivén de las curvas del camino, y sus cajas de dientes postizos rodaron por el suelo dejando en su boca desencajada una profunda cavidad. La pobre mujer nunca encontró sus prótesis y, cuando llegó a su destino, bajó llorando con la cara cubierta por una toalla. Más tarde, aparecieron las chapas pisoteadas y abiertas como si fueran la mueca silenciosa de una carcajada fantasmagórica. Observándolas se dijo para sí: La muerte convierte al hombre en una ridícula marioneta que ríe eternamente.

El hijo organizó el viaje recogiendo de estancia en estancia las pertenencias de su padre que cupieron holgadamente en la valija con la que él llegó hace muchos años esa tarde lluviosa cuando nadie lo esperaba. Quiso hacer los preparativos sin que nadie ajeno a la casa paterna se enterara porque deseaba que la partida fuera sin despedidas tristes, ni lágrimas, ni discursos. Discretamente se fueron cerrando las alcobas y, luego, llevó el equipaje al corredor interior para dejar la casa por la puerta de atrás. Y cuando llegó el taxi contratado para embarcarlos, al salir, encontraron a todo el pueblo apostado en la puerta de la casona ataviado con los vestidos blancos del luto de tierra caliente. Fue la ceremonia ritual de un funeral celebrado con un mutismo adolorido.

Cuando el hijo instaló el candado en las enormes argollas del portón para clausurar definitivamente la entrada, todos sollozaron en silencio dejando oír, apenas, el rumor de los pañuelos almidonados que secaban las lágrimas amargas con las que se lloró la desaparición de una estirpe, y se despidió al último heredero para un viaje sin regreso.

UN ABANDONO INDESCIFRABLE

Albarracín había nacido en un pueblo del oriente del país y tenía bien marcadas las características de la raza indígena de la que se ufanaba. Había llegado para vivir provisionalmente en una cabaña de la colina con el único fin de estar cerca del colegio donde estudiaban sus hijos, y, solamente, por el tiempo necesario para construir su vivienda definitiva. De esto hacía ya veinticinco años.

Estudió ingeniería, profesión en la que tuvo una larga experiencia. Se casó con una buena mujer de su pueblo con la que tuvo varios hijos, pero, con el tiempo, conoció a otra más joven y abandonó a su esposa. Con su nueva pareja vino a vivir en la colina. Ella, hija de europeos, era una mujer de armas tomar que, después de luchar varios años contra la incuria de su marido y viendo que nunca terminaba la construcción de su casa, resolvió viajar con sus hijos al país de su familia paterna.

Un día le dijo: - Albarracín, yo me voy para Italia con mis hijos mientras terminas la casa.

Él, ya entrado en años, no tuvo alternativa. La mujer se iba porque el desorden financiero los había llevado a una insolvencia pavorosa. Albarracín ayudó en lo que pudo a organizarle el viaje y, como otras veces, se hizo el firme propósito de salir adelante.

Después del viaje de su familia, Albarracín perdió casi todo contacto con la gente, y redujo su vida a cuidar las ruinas de la construcción que nunca concluyó. Salía muy temprano en las mañanas, antes de que sus vecinos pudieran verlo, y regresaba a hurtadillas para internarse en las estancias donde faltaban puertas y ventanas.

Se hizo susceptible a cualquier desaire cierto o imaginario y, pese a su carácter manso, se tornó irascible. Los arreglos de sus propiedades los hacía en horas nocturnas, costumbre que generaba ruidos extraños y molestias a los habitantes del derredor que añoraban los días en que su mujer vivía con él. Porque, ella, esbelta y de hermosos rasgos latinos, era quien hacía agradable la vecindad por su carácter emprendedor y su trato amable.

La arrojada mujer se había abierto paso en Italia y gozaba de unos ingresos que le permitían enviar a su marido el dinero con el que él debía terminar la construcción de la casa. Pero Albarracín no estaba dispuesto a trabajar y terminó viviendo con lo que recibía de su mujer. Además, como era incapaz de prepararse su propia alimentación y arreglar sus vestidos, resolvió acudir a la esposa legítima que había abandonado, a quien pagaba su manutención y el cuidado de su ropa. Aunque él lo ignoraba, las dos mujeres se habían puesto de acuerdo para atender sus necesidades con tal de tenerlo a prudente distancia.

La empleada de una casa vecina, que guardaba por el ingeniero un sentimiento de pesar, lo presentó a los dueños de una tienda del barrio para que le suministraran a crédito lo que pudiera hacerle falta. Gracias a eso, Albarracín encontró allí un refugio donde se sentía protegido. Además, era un buen consejero en asuntos de construcción y ayudaba al propietario a resolver los problemas de goteras y desagües.

En su juventud había sido un hombre solvente cuando fue ingeniero de una entidad oficial donde recibía un sueldo que le permitía vivir con holgura. Pero, cuando se unió a su amante, resolvió arriesgarse a hacer negocios por su propia cuenta. Empero, en este campo era desastroso porque no tenía ningún orden en su empresa, y aunque ganaba considerables sumas de dinero, se fue endeudando para deslumbrar a su mujer, y fracasó en la ejecución de los contratos. Poco a poco, sin que su compañera pudiera contener el caos, Albarracín lo perdió todo.

En aquellos días de decadencia, el hombre todavía conservaba una actitud optimista y hacía esfuerzos para superar la bancarrota. Pero cuando su mujer se hartó y le dijo que solamente regresaría de Italia cuando él terminara de construir la casa, Albarracín se derrumbó.

En adelante, su vida fue la que conocieron los dueños de la tienda donde le fiaban, y las razones del afecto que le tomaron fue por la pena que les causaba su débil condición y el abandono en que vivía. Desde entonces, entró a ser parte de los asiduos visitantes del pequeño comercio.

Albarracín fue llegando a un desprendimiento de todo lo material. Su vivienda se limitó a una estancia del último piso donde acomodó un colchón para dormir, una cocineta eléctrica y una silla vieja que rescató del desorden de la construcción. Por esa razón se fue alejando paulatinamente de su primera esposa y de los dueños de la tienda habitual, y redujo su alimentación a leche y pan. Su ropa era solamente tres pantalones, tres camisas y tres calzoncillos que él mismo resolvió lavar alternativamente: Mientras dos juegos de ropa se secaban en los ganchos que colgaban con cabuyas en la ventana, usaba el otro por varios días.

Su pelo blanco creció hasta los hombros, y de vez en cuando él mismo lo cortaba en línea recta. A veces se le veía caminar por la calle de su casa sin fijarse en nadie y hablando solo como si tuviera una comunicación permanente con seres fabulosos. Y, como en su construcción tenía únicamente dos bombillos, la gente sabía que si estaba encendido el de la primera planta era porque él estaba allí dibujando figuras con una vara sobre el suelo arenoso. Y si el que alumbraba era el del segundo piso, se intuía que había subido para mirar extasiado el bosque contiguo, escudriñando la oscuridad a la espera de hallar algo milagroso entre los enormes árboles frondosos.

De repente, desapareció. Nunca volvió a vérselo en la calle, y el muchacho que a veces subía hasta su cuarto para llevarle algún

encargo, un día de éstos no lo encontró ni vio rastro alguno de él en toda la vivienda. La última caja de leche estaba intacta, y los dos panes hojaldrados que había comprado en la panadería del barrio todavía estaban en su bolsa de papel.

No se sabía de alguien que hubiera venido a llevárselo, ni que hubiera padecido algún percance de salud puesto que, debido a su precaria alimentación, había enflaquecido enormemente. Parecía haberse vuelto transparente y, por su flacura, su cabeza se veía más grande, y sus ojos oscuros le llenaban buena parte de la cara. Ya casi no tenía sino huesos y piel, y por su aspecto podría pensarse que cualquier desgracia fatal hubiese podido ocurrirle.

Varios vecinos, alarmados por la información del muchacho de los encargos, fueron a la casa de Albarracín para buscar si en los pisos desocupados podía haber sufrido una caída, o si un síncope lo hubiera atacado. Pero, nada. No había la menor huella del macilento ingeniero.

Cuando salían haciendo comentarios sobre la sorprendente desaparición, alguien vio en lo alto de uno de los enormes eucaliptus del bosque vecino una figura extraña que colgaba. Parecía una cometa de papel de tamaño grande, o un disfraz de fantasma descolorido. Siguieron observando el objeto, y cuando se acercaron todo lo que les fue posible, descubrieron el cuerpo de Albarracín que se mecía al vaivén del viento.

No encontraron ninguna explicación a ese hecho asombroso porque era muy difícil llegar hasta la copa del árbol sin ayuda, y porque el estado de debilidad de Albarracín hacía pensar que no hubiera podido realizar una hazaña tan arriesgada.

Como ya empezaba a oscurecer era imposible adelantar las tareas del rescate, de suerte que acordaron regresar a la mañana siguiente con la intención de descolgar el cadáver y hacer los preparativos para darle cristiana sepultura. Pero, cuando en la madrugada siguiente regresaron

armados de lazos y escaleras no encontraron nada. Todo vestigio del cuerpo había desaparecido. Buscaron cuidadosamente en los alrededores, pero todo fue en vano; por algo sumamente raro no había buitres, ni perros, ni indicio alguno de que un cadáver hubiera estado allí, y solamente, cuando partían, percibieron como si una enorme ave invisible alzara el vuelo con un aleteo espectral.

LAS VIRTUDES DEL PROFESOR MENA

El cura de la parroquia le pidió a Mercedes Amaya, una piadosa feligresa, que empleara en su casa a una jovencita salida de los campos de Casanare como consecuencia de la violencia que allí reinaba, y que formaba parte de los muchos desplazados que llegan a Bogotá en busca de trabajo.

Helena tenía quince años de edad, pero parecía bastante menor bajo sus pobres ropas y su desaliñada presencia y, más por compasión que por creerla hábil para el oficio doméstico, Mercedes la recibió en su hogar.

Lo primero que hizo la dueña de casa fue comprarle unos delantales para que estuviera mejor presentada, especialmente al atender la mesa en las horas de comida. Cuando le indagó sobre su pasado, Helena tímidamente le contó de su dura vida en el campo, de la guerra interminable que se libraba entre la subversión y el ejército, y de la dificultad que había tenido para ir a la escuela. La jovencita no sabía leer ni escribir.

-Bueno, -le dijo Mercedes- aquí aprenderá a hacer las cosas bien. Lo primero que le exijo es mucha honradez y buena voluntad. No importa que no sepa hacer nada porque en la vida todo se puede aprender. Pero, sin buenas costumbres, lo que se aprende sólo sirve para el mal. Hay que tener mucho orden en el gasto de la casa – le dijo Mercedes – porque la vida está por las nubes. Ya le iré explicando cada cosa.

La familia de Mercedes vivía del ínfimo sueldo que ella ganaba, porque su marido, que se graduó de profesor en la Universidad Pedagógica, resolvió no volver a trabajar y permanecía todo el tiempo en casa

leyendo y escribiendo, y dedicado a los oficios domésticos. El profesor Mena lavaba y planchaba la ropa; preparaba las comidas; se dedicaba a ayudar a sus dos hijas en los deberes escolares y a reforzarles los conocimientos en todas las materias. Era un portento de conocimientos.

Mercedes le pidió al profesor Mena que le enseñara a la nueva empleada las primeras letras, tareas que él cumpliría de la mejor manera.

La llegada de Helena fue una bendición. Ella aprendió a hacer los oficios en forma impecable, y la casa, que por los afanes de todos los días era ordinariamente un dechado de desorden, se convirtió en modelo de pulcritud. Los viejos muebles parecían ahora refaccionados porque Helena les quitó las manchas grasientas de los espaldares y apoyabrazos, y les fue resanando pacientemente con tapa rasguños los rayones de las patas de madera. Las ollas de la cocina, que el profesor Mena apenas lavaba las y que tenían siempre una costra negra en el asiento, ahora brillaban como objetos de plata. Helena viruteó los pisos y los brilló con cera roja; desempañó los vidrios de las ventanas y, desde entonces, el apartamento se iluminó después de que durante años estuvo en una penumbra desapacible. La ropa ya no siguió colgada en todos los sitios de la casa hasta cuando el profesor Mena resolviera plancharla, sino que estaba pulcramente doblada en los estantes de los viejos escaparates que Helena forró con papel blanco.

Los progresos de Helena eran asombrosos como fruto de las enseñanzas de su profesor y por su propia índole ordenada. Ya leía de corrido cuando Mercedes tuvo un respiro para examinarla un domingo antes de salir para la misa, y se sorprendió cuando la empleada le pidió que le llevara al correo una carta para sus padres escrita por ella con una letra firme.

Además, Helena había adquirido una figura hermosa, y de la niña desarrapada que le entregó el cura no quedaba nada. Tenía una bella cabellera negra que le caía sensualmente sobre los hombros, y que

cuidaba con esmero. Había desarrollado unos pechos turgentes y unas caderas amplias que parecían querer escapar de los estrechos delantales que Mercedes le entregó a su llegada, y que la hacían, sin quererlo, más insinuante.

El profesor Mena seguía en su tarea de educarla, pero ya no la veía con los ojos desentendidos de los primeros meses sino con la mirada confusa de su deseo lascivo. Cuando se inclinaba a corregirle los dictados que ella copiaba juiciosamente, él se fijaba más en sus senos que en los errores del escrito. Y cuando Helena salía a continuar los oficios del día, el profesor Mena se quedaba extasiado observando sus fuertes caderas que parecían danzar a un ritmo provocador.

Así, después de tanto dictar y corregir, de repetir las lecciones y examinar los conocimientos, el profesor se enamoró de su discípula y, ella, que percibía claramente la zozobra que causaba a su maestro, le correspondió con desbocada pasión. Para Helena era el primer amor de su vida, y el último para Mena, pero ambas emociones parecían surgidas de la misma substancia como si una fragua misteriosa hubiera amalgamado los afanes, los caprichos y las apetencias de cada uno.

Profesor y alumna no veían el momento en que Mercedes y sus hijas salieran de la casa para iniciar, ya no las lecciones cotidianas, sino sus desenfrenados esgarceos entre los cuadernos olvidados y la ropa de ambos tirada en el suelo, amándose con las técnicas del Kamasutra que Mena había estudiado meticulosamente.

Fue una mañana de aquellos amores intensos cuando la hija mayor, que regresó inesperadamente porque ese día no pasó el bus del colegio, encontró a su padre y a Helena desnudos copulando entre gritos sobre la cama matrimonial.

La jovencita, que tenía casi la misma edad de Helena, sin decir nada se encerró en su alcoba llorando desconsoladamente, esperó hasta

cuando su madre regresó al anochecer rendida del trabajo, y le contó con estupor lo que había visto.

Aquel día, por primera vez, Mercedes tomó una decisión irrevocable contra su marido: Despidió de manera fulminante a Helena, y abandonó la cama del matrimonio para ir a dormir en el desván sobre una colchoneta que acomodó junto a la canasta de la ropa sucia.

A partir de entonces el desorden regresó a la casa, y volvieron a aparecer las prendas colgadas en sillas y puertas; las ollas se tizaron de nuevo; los platos sucios permanecían días enteros arrumados en el lavaplatos, y eran tan desagradables las comidas que preparaba el profesor Mena que casi no se podían comer.

Mas, lo peor era la tensa situación familiar que produjo la partida de Helena. Mercedes y el profesor Mena nunca volvieron a hablar algo que no fuera insultos y reclamos. Cualquier pregunta se convertía en una estruendosa discusión que siempre terminaba con la afirmación categórica de Mena: ¡Eso pasa por haber despedido a Helena!

Y mientras Mercedes tenía que dormir en el desván arrojada con ruanas y abrigos viejos sobre la insoportable colchoneta, Mena seguía en la alcoba matrimonial disfrutando de la televisión, leyendo cómodamente sobre los almohadones de plumas que su esposa había fabricado, y hablando interminablemente por teléfono con Helena.

Por fin, envalentonada por sus hijas, un domingo por la mañana, dirigiéndose a su marido Mercedes gritó: - ¡Carajo! Esto se acabó. ¡Me hace el favor y se va de este apartamento para el que usted no trajo sino desgracias!, - y empezó a arrojar al suelo todo lo que encontraba a su paso.

Mena, impertérrito, respondió:

-Aquí estoy y aquí me quedo porque yo no tengo a donde ir -y siguió leyendo el libro que tenía entre las manos.

Mercedes acudió a algunos amigos de Mena para explicarles su difícil situación y lo injusto de la actitud de su marido, y ellos descubrieron la solución que, aunque costosa, la libraría de él para siempre. Para marcharse, Mena exigía la mitad del valor del apartamento en que vivían.

La desesperada mujer explicó que ese apartamento había sido la herencia de su madre y que ese inútil no tenía ningún derecho sobre él. Además, los muebles, la vajilla y la nevera los compré yo con mis ahorros porque él no se ha ganado un peso en su vida. Le reconozco que ha ayudado a la educación de las hijas, pero desde que se enredó con la vagabunda que yo recibí por compasión no ha vuelto a hacer nada y, más bien, me reclama por haberla sacado de esta casa decente. ¡Cómo puedo conseguir ese dinero! Si yo vendo el apartamento, ¿a dónde voy a vivir con mis hijas? ¡Y ahora con lo que me sale! Imagínense que yo le dé esa plata para que vaya a gastársela con la desvergonzada de la Helena, que no sólo vivió aquí y se educó, sino que conquistó al corrompido de mi marido.

El amigo más íntimo de Mena, después de oírla pacientemente, le replicó con suavidad.

-Mire, Mercedes, si usted no le da la plata a su marido, él nunca se irá de su apartamento porque él es más pobre que usted.

Después de aquel desdichado día Mercedes puso en venta el apartamento. Un profesor de la Universidad Nacional, conocido de Mena, entró en negociaciones con la desesperada mujer. Dadas las circunstancias, el precio resultó muy favorable para el comprador quien, después de firmada la escritura de compraventa, le dio dos cheques por valor de treinta millones de pesos cada uno con el compromiso de que Mercedes le entregara el apartamento en el término de un mes.

Fue entonces cuando ella, al fin y al cabo satisfecha porque iba a solucionar el asunto de la separación, le dio a su marido la noticia de la venta y del plazo que tenían para la entrega del inmueble.

-De aquí no me muevo- dijo Mena sin mirar siquiera a Mercedes mientras leía.

- ¡Cómo que de aquí no me muevo, sinvergüenza! Si yo vendí el apartamento y tengo la plata que usted me reclamó solamente para que se vaya de aquí.

-Yo no hice ningún negocio, mi señora- respondió y se encerró en el baño.

Pasaban los días y la angustiosa situación no se resolvía. Mercedes acudió nuevamente al amigo de su esposo para contarle lo que ocurría y para suplicarle que lo convenciera de salirse. Ya había pasado el plazo fijado y, el comprador, con toda razón, le estaba exigiendo la entrega del apartamento. Usted me aseguró que si yo le daba la mitad de la plata él se saldría, y ahora me sale con que no se va. Mire, se lo suplico, convenza a mi marido de que se vaya. Yo le tengo el cheque de treinta millones, pero ni eso. ¡Por Dios, ayúdeme!

En tanto que Mercedes trataba por todos los medios de lograr que su marido abandonara el apartamento, el comprador le contaba la situación en que se encontraba su familia y la orden que había dado el dueño de la casa donde vivía en arriendo de que le sacaran sus muebles a la calle.

Al amigo de Mena se le ocurrió una idea: Él conocía a un hijo del primer matrimonio de Mena que vivía en un amplio apartamento y que, de alguna manera, siempre había estado pendiente de su padre. A él acudió, le explicó lo que ocurría y le pidió que alojara provisionalmente al profesor mientras buscaban una solución definitiva. Y convenció a Mena de que aceptara esa fórmula.

-Pero la cosa no va a ser a las carreras –dijo Mena.

En consecuencia, Mercedes contrató un camión para que sacara sus muebles y se alojó en dos piezas que arrendó en el vecindario. Mena, por el contrario, sin inmutarse siguió viviendo en la alcoba matrimonial y se las arreglaba para prepararse sus comidas.

Ella daba mil excusas al comprador por la demora en la entrega del apartamento, y acudía diariamente al edificio donde estaba situado para saber si Mena ya lo iba a desocupar. Le mandó razones con sus amigos de que le entregaría el cheque apenas sacara sus cosas; lo amenazó con demandarlo; acudió a una pitonisa para que lo rezara; hizo que le cortaran la luz y, por fin, una mañana Mena llamó a Mercedes para exigirle que le entregara el cheque para marcharse. Cuando Mercedes llegó, él ya tenía sus libros y dos maletas de ropa en la carreta que había contratado para el trasteo.

-Fírmeme aquí -le dijo Mercedes con firmeza, antes de entregarle el cheque.

Bueno, -dijo él con desprecio- Ahí le queda su inmundo apartamento. Y, en efecto, cuando Mercedes entró quedó estupefacta: Literalmente, Mena, había destruido la vivienda. Y, prácticamente, todo lo que recibió la triste mujer como pago por la venta del apartamento lo gastó en reparar las instalaciones de los baños, reconstruir la cocina, arreglar puertas y ventanas y pintar las paredes que tenían letreros obscenos por todas partes.

Mena se instaló en el apartamento de su hijo sin mayores explicaciones, pero pasaban las semanas y no daba señales de querer salir dedicado a leer sus libros y hablar por teléfono con Helena, hasta cuando la esposa de su hijo, incómoda por tan desagradable visita, le dijo a su marido:

-La que se va de aquí soy yo hasta cuando ese viejo irresponsable salga de aquí.

El preocupado hijo, quien no imaginó que al acoger a su padre ponía en peligro el matrimonio, se comunicó afanosamente con sus dos hermanos y con otros familiares cercanos que vivían en un pueblo del litoral pacífico para pedirles consejo y ayuda.

-Aquí no hay más remedio que arrendar una vivienda para que el viejo viva con Helena, -sentenció el hermano mayor. Así que nos toca meternos la mano al dril entre todos, y lo más pronto posible.

Así fue como Mena, empujado por la suerte y por su irreductible terquedad, fue feliz con Helena durante seis meses en los que despilfarró las energías amorosas que había ahorrado en todo el tiempo de pendencias con su esposa.

Fue una mañana de lluvia cuando Mercedes recibió la llamada de Helena para informarle que al profesor Mena le habían diagnosticado un cáncer en el píloro, y que el pronóstico era fatal.

-Ah, ¿y es que ahora me lo va a devolver? –preguntó Mercedes irritada.

-No señora –sólo la llamo para que me ayude.

Desde ese día, sin que Mena lo supiera, Mercedes le llevó todas las mañanas antes de llegar a su trabajo un caldo de carne molida cocinado con sustancia de hueso y aderezado con cebolla y cilantro, y le dejaba a Helena los pocos pesos que podía distraer de sus gastos apremiantes.

Mena murió sin sufrir. Por una extraña causa, no padeció dolores. Se fue extinguiendo rápidamente y ya no sobrevivía sino por el caldo de Mercedes y los cuidados de Helena, y recibió toda la atención médica posible gracias a que sus hijos pagaron hasta la última cuenta.

Mena había dejado instrucciones precisas sobre su funeral: Debía ser cremado, y sus cenizas esparcidas en el Océano Pacífico, y fue Helena quien hizo todos los arreglos para dar estricto cumplimiento a su última voluntad.

La joven viuda informó profusamente cuál era la fecha, el sitio de la cremación y los pormenores del funeral marino que se habría de celebrar en la semana siguiente. Asistió con gran aplomo a la ceremonia del crematorio vestida con un sencillo traje negro, y recogió las cenizas después de varias horas de espera que, por alguna razón desconocida, fueron las más largas y tediosas que imaginar se pueda.

A la semana siguiente los parientes de Mena se congregaron a la orilla del mar gris de Buenaventura para iniciar el ceremonial de lanzar sus cenizas, tal como él lo había prescrito. Helena, con su vestido negro y su cabellera al viento estaba bellísima. Su rostro iluminado expresaba frescura y tranquilidad. Había llegado el día anterior, y en el aeropuerto de Cali la habían recibido los otros deudos de su marido que la trasladaron cómodamente hasta el puerto, gracias a que el difunto había cubierto todos los gastos con el dinero que recibió por la venta del apartamento de Mercedes.

Solamente se esperaba el arribo de Mercedes para abordar el bote que los llevaría al centro de la bahía, hasta que, al fin, con las carreras de siempre ella apareció en la distancia. Todos, expectantes, la vieron acercarse apresuradamente sudando a mares, y le oyeron contar que acababa de llegar en el bus de línea que gastó 18 agotadoras horas en el viaje desde Bogotá.

Cuando Helena alzó el cenizario en el centro de la bahía, todos levantaron las manos en señal de despedida, y ella dijo emocionada:

-Adiós, amor mío. ¡Buen viento y buena mar!

Y cuando lanzó las cenizas, una repentina ráfaga de viento las devolvió al sitio exacto donde estaba Mercedes, que quedó impregnada de pies a cabeza del polvo blanquecino, con una horrible sensación arenosa en su boca llena de los restos calcinados.

EL SALUDADOR INCÓGNITO

La carretera que sube a la colina es angosta y recién pavimentada; una línea amarilla divide la calzada por donde escasamente caben dos automóviles, de manera que cuando transita alguno de los buses escolares es necesario ejecutar difíciles maniobras para abrirles paso.

La vía ondulada atraviesa bellos parajes de bosques de color verde oscuro, de praderas frescas, de matorrales florecidos junto a las espaciosas edificaciones de los colegios más exclusivos de la ciudad. Era un antiguo camino interior que se fue convirtiendo en ruta para automotores, sin las especificaciones adecuadas para que puedan circular sin peligro los peatones que diariamente la cruzan. La circulación por allí es riesgosa.

En una recta de doscientos metros hay al lado del camino unas casas modestas que dan al paisaje un aire pintoresco. Sus largas chimeneas humean con un olor de pan fresco en las horas de la mañana, y en las tardes esparcen un olor tibio de leña quemada. Siempre hay alguien faenando en las rústicas cocinas

Frente a una de las pequeñas casas, en un rellano alfombrado por el césped, hay siempre un hombre de edad avanzada que permanece de pie y saluda a cada vehículo que pasa alzando su mano derecha enfundada en un guante azul de lana tejida. Su figura es patética: La cabeza tiene una abundante cabellera ensortijada y su rostro inexpresivo es de color oscuro que contrasta con su cabello encanecido.

No hay en él un movimiento distinto al brazo que se levanta y desciende lentamente al paso de los vehículos. No existe un nombre, ni un sonido, ni un gesto. El saludo de este hombre es frío e inexpresivo como el de

un autómatas. Se puede imaginar que sus familiares lo sacan a alguna hora del día como si fuera un mueble, y lo guardan cuando oscurece la tarde. No se sabe si es sordo o ha sufrido alguna parálisis. De todas maneras, su figura está integrada al paisaje de forma inseparable como un árbol, como un poste de luz.

De tanto saludar, su presencia se hizo conocida entre los conductores que pasan a diario con destino a sus sitios de trabajo o de regreso a las viviendas en las horas de la tarde, y casi todos hacen sonar rutinariamente los claxons de sus vehículos, sin interés alguno, sin ningún sentimiento.

Una tarde se produjo el frenazo repentino de un vehículo que hizo chirriar las llantas estruendosamente y dejó marcadas en el asfalto sus huellas negras. Fue la maniobra inesperada que un conductor logró hacer para no atropellar a un perrito que salió descuidadamente de alguna puerta abierta. Fue un mal momento. Fue como una premonición que le debió causar inquietud al saludador porque el día siguiente no apareció en el rellano alfombrado de su casa.

Una mujer joven a quien pareció gracioso el gesto del saludador, lo respondía con alegría. Ella no solamente agitaba su mano, sino que le gritaba un adiós entre sonrisas. El saludador empezó a expresar gestos de felicidad en su rostro tostado por el sol en cada saludo vespertino. La joven aumentaba su expresividad, tanto que el saludador se inquietaba cuando veía acercarse su auto plateado y asomar por su ventanilla la cara fresca de la muchacha.

Por aquellos días, una lluvia pertinaz caía sobre todas las cosas impregnándolas de una humedad fría. Excepto las plantas que reverdecían en la penumbra, todo parecía cubierto de un velo gris.

Una tarde, cuando la bruma impedía ver con claridad los vehículos, el saludador esperaba con ansiedad el auto plateado. Creyó verlo venir con sus luces encendidas y dio unos pasos hacia la calzada, pero no se

percató de que un motociclista se acercaba velozmente a sus espaldas. La motocicleta lo atropelló aparatosamente y, volando por los aires, fue a parar destrozado junto al auto que venía, que no era el de la mujer que lo saludaba todos los días.

Más tarde, cuando regresaba a su casa la joven saludadora, observó que junto a la casa pintoresca había un tumulto que impedía el paso. Para no demorarse, dio media vuelta y tomó otro camino. No supo ella por qué el hombre del saludo no apareció nunca más con su mano enguantada, ni tampoco se enteró de que había muerto de amor por ella.

LA MUERTE ES IGUAL A LA VIDA

La noche en que sufrió el accidente había pasado el día con una somnolencia pesada y, al acostarse, le dijo fríamente a su acompañante: Yo quisiera morirme en este sueño.

Era octubre, el mes de las lluvias. En los amaneceres la neblina parecía engarzada en el ramaje de los árboles y un frío húmedo se adentraba por las rendijas. Luego, sin ruido, una llovizna pertinaz caía durante toda la mañana y era imposible salir de la casa. Después del mediodía, a eso de las cuatro de la tarde, el cielo se oscurecía de una manera tenebrosa y los truenos retumbaban en las montañas como tambores lejanísimos. Llegaba, entonces, la tempestad con rayos y ventiscas produciendo un gran temor a la abuela que ordenaba tapar los espejos con telas negras y separar los pies del suelo.

Aquella noche la tempestad no cesó. El resplandor de los rayos iluminaba intermitentemente la casa y, en la penumbra, figuras fantasmales parecían avanzar silenciosamente hasta su lecho. Las enormes gotas de lluvia producían un constante sonido como si millares de pájaros picotearan las láminas de asbesto–cemento de la techumbre.

La joven acompañante velaba el sueño de la abuela que, con espasmos repentinos, dormía con un ronquido inquieto. De vez en cuando decía cosas incoherentes y parecía estar en otro tiempo porque sus frases eran la parte de un diálogo en el que no se oía al interlocutor. Por fin, la jovencita cayó vencida por el sueño y no supo cómo ocurrió el infortunio.

La casa donde vivió, aunque pequeña y modesta, estaba dotada de lo indispensable para una mujer como ella, con un ambiente abrigado e íntimo. En la entrada había un recibidor en el que cabían un sofá, una

poltrona y una mesita de comedor con dos sillas. A continuación, estaba su cama amplia y abullonada; después, la de la muchacha que la cuidaba y, al fondo, el cuarto de baño y la cocina. Todo era impecable en aquellas estancias que tenían la gracia de un hogar campesino, pero con las comodidades de la ciudad moderna. Frente a la puerta principal había un prado bordeado de grandes árboles a donde salían a tomar el sol en los días cálidos.

La vivienda estaba en una colina resguardada por grandes eucaliptos y arrullada por el viento que silbaba entre sus ramas, y una paz bucólica llenaba todo el lugar al que sólo llegaban los amigos y los parientes cercanos. Se podría decir que aquel sitio era irrepetible por su placidez.

La joven que cuidaba a la abuela estaba todo el tiempo pendiente de sus antojos, y su misión era hacerle compañía para evitarle cualquier tropiezo, servirle las comidas, llevarla al baño, acostarla y levantarla. Era una labor silenciosa, despaciosa, interminable.

Aquella noche, el ruido de la tempestad y el sueño invencible impidieron a la jovencita observar todo lo que ocurrió y, sólo muchos años después, cuando volvió a visitar a los nietos que habían heredado la casa lo supo todo. Quedó perpleja por haber sido un testigo inconsciente de tan extraños sucesos.

La abuela, que pasaba de noventa años, había permanecido siempre con su misma figura como si el tiempo no transcurriera para ella, de suerte que las fotos de su adultez podían superponerse a las de su ancianidad sin poder distinguir cuál era la época de cada una. Era menuda pero fuerte y extremadamente cuidadosa con su apariencia. Siempre conservaba su cabellera negra perfectamente peinada, y sus trajes no se arrugaban como si estuvieran siempre colgados en una percha ambulante.

Sus primeros años transcurrieron en el sopor de un pueblo de clima ardiente, donde sus amigas de aquella época pasaron de la inocencia

infantil a la malicia de la adolescencia y, luego, a la mayor edad adaptando sus cuerpos a los deseos y los afanes de cada época. Ella, en cambio, parecía de una edad mayor desde su primera juventud como si la madurez le hubiera llegado prematuramente de repente.

Tuvo un matrimonio sin previo noviazgo porque había que cumplir con la obligación de casarse, y su esposo era el apropiado: Él pertenecía a una familia conocida, era profesional, tenía buenas maneras y parecía que sería un buen padre. La decisión era irrevocable. Tampoco se sabe por qué se casó él. Aunque era un hombre correcto, tenía un carácter voluble y, probablemente, tomó la resolución por el consejo de alguien.

– Es una buena mujer, cástate con ella – debió decirle su hermana mayor que después de la muerte de su madre había tomado las riendas de la casa.

En aquel mundo consabido el destino era simple: Tener todo en orden para que nada entorpeciera el devenir, y prever el mañana con las privaciones del presente de manera que cada día siempre quedaba inconcluso.

Fueron muchos años de rutinas que la fueron sumiendo en un letargo irremediable en el que todo a su lado parecía transcurrir con la sordina de las babuchas. Eran largos días que transcurrían en el horario preciso de las comidas y la hora de acostarse, y amaneceres idénticos a la hora en que era preciso reiniciar la repetición de los quehaceres cotidianos.

Todo parecía surgir de una obligación atávica y nunca del placer de la vida, hasta cuando fue quedando circunscrita a una existencia al alcance de su mano, divorciada y con sus hijos viviendo lejos. En ese ámbito poblado de hábitos irreductibles, acompañada sólo de la jovencita que la cuidaba por delegación de sus hijos, sufrió el accidente.

Fue después de la medianoche cuando, en un impulso inconsciente, se levantó en la oscuridad. Los primeros pasos tambaleantes debieron

llevarla hacia la puerta que comunica con el prado, pero, posiblemente, tropezó con el banquito en que la acompañante se sentaba a sobarle los pies, para dar estrepitosamente contra el suelo de baldosas de barro cocido. Allí quedó tendida, y de la cabeza le manaba un chorro débil de sangre. Seguramente pasaron varias horas desde que se cayó porque la sangre se desparramó por el piso dejando una gran mancha oscura y espesa, hasta cuando la hija mayor llegó como lo hacía todas las mañanas para ayudarla a bañar y vestir.

-¡Dios mío, mi mamá está muerta!- gritó desesperada con su voz potente y clara.

La muchacha que la cuidaba saltó aterrorizada de su cama y fue a ver el cadáver de la abuela, pero la hija la despachó de inmediato con una severa reprensión.

- Aquí no tiene nada qué hacer –le gruñó -. A usted sólo la he tenido para que cuide a mi mamá y mire cómo dejó que se cayera. Arregle sus cosas y se va de inmediato.

La pobre joven, deshecha en llanto, arregló todo, recibió su paga y se marchó sin saber nunca lo que ocurrió después.

Fueron, aquellas, unas horas de angustia. Lo primero que hicieron fue limpiar precipitadamente la sangre de la cara y la mancha oscura del piso. Enseguida, llamaron a la ambulancia que siempre venía a atender sus urgencias, sólo para que el médico de turno comprobara su muerte y dispusiera lo necesario para el levantamiento del cadáver.

Mas, algo inesperado ocurrió: Mientras aguardaban la llegada del médico, la anciana empezó a decir algunas palabras incomprensibles y a mover lentamente su mano izquierda.

-¡Mamá, mamá!- gritó la hija mayor y, con todo cuidado, acostaron a la madre en su cama, arropándola con la cobija de plumas que usó en sus últimos años.

El médico la encontró sin sentido, pero con sus signos vitales casi normales, y dispuso que fuera llevada a la clínica apenas terminara su examen minucioso. Dictaminó que tenía una costilla rota y resolvió ponerle una faja alrededor del pecho para inmovilizarla. Ya estabilizada, fue conducida al hospital.

Pero desde cuando la abuela oyó decir a la hija mayor que estaba muerta, ella creyó firmemente que había fallecido y que todo lo que veía o sentía a su alrededor era su tránsito hacia la otra vida.

-Ya estoy amortajada- pensó cuando notó que su cuerpo estaba fuertemente atado por la faja que el médico le puso para sostener la costilla rota.

Tendida en la cama del hospital veía tenuemente que diversas personas entraban y salían y que, de vez en cuando, se acercaban a ver su semblante. -Este es mi velorio- se dijo para sí. -No sé por qué a la gente le gusta curiosear a los muertos.

La abuela seguía en un estado de semi inconsciencia a causa del fuerte golpe que recibió en la cabeza, por lo que se decidió hacerle una tomografía axial; y cuando fue introducida en la cámara del escáner para comprobar el funcionamiento de sus órganos pensó que aquello era su ataúd. Por lo tanto, se quedó completamente quieta.

Después, dado el buen estado general, fue remitida nuevamente a su casa. En la ambulancia que la llevaba pensó: Este es el desfile hacia el cementerio.

Los días de aquellas semanas transcurrían lentamente. Como estaba segura de que había muerto, la abuela no volvió a hablar porque

pensaba que en la otra vida nadie se comunica con palabras, y tampoco volvió a comer porque lo consideraba inútil. Permanecía inmóvil en su cama de toda la vida bajo la vigilancia permanente de su hija, conectada al suero que le suministraban para alimentarla,

Como la veía ir y venir, asear la casa y hablar por teléfono permanentemente, pensó: La muerte es igual a la vida. Todo el mundo sigue haciendo lo mismo de siempre y uno no cambia.

Para ella no era extraña aquella quietud en que vivía, porque durante mucho tiempo, antes del percance, permanecía inmóvil sentada frente al prado de su entrada y el único movimiento era el de comprobar las horas en su reloj de pulsera.

Allí, en su cama, se quitó la preocupación del tiempo. Ya no le importaba si era de día o de noche porque muchas veces estaba con los ojos cerrados y sentía que flotaba en el espacio brumoso de su inconsciencia. Como dormía largamente, confundía la realidad con los sueños y éstos le permitían vivir plenamente la fantasía de su muerte.

Una mañana, muy temprano, cuando la hija entró a la habitación, la encontró sentada en la mecedora de mimbre vestida con su traje nuevo, perfectamente peinada y con la mirada quieta en el verde infinito de su prado. A su lado estaba la maleta de viaje con todas sus pertenencias.

EL PESO DE LA HERENCIA

Aquella mañana inesperada pensó que su vida tomaba un rumbo distinto porque nunca antes había apreciado el gran afecto que su madre le prodigaba. Ella, con un gesto de solemnidad, le entregó una pesada caja de madera de color caoba con la advertencia de que era parte de la herencia que repartió entre sus tres hijos considerando que pronto iba a morir.

En la sala de la casa, que casi nunca se usaba, sólo estaban él y su madre. La penumbra del atardecer hacía que la estancia pareciera más amplia, y los muebles de estilo Luis XV cubiertos con sábanas blancas parecían fantasmas acurrucados espiando el ceremonial de la entrega.

El arca, del tamaño del féretro de un niño, estaba puesta sobre la mesa de centro y tenía esta inscripción en la tabla superior: *“Para el heredero varón de mi casa. Con todo el amor de madre”*. Al lado derecho había una vela encendida y una vasija de cristal con agua bendita.

La anciana pidió a su hijo que no abriera la caja sino después de su muerte, y que nunca se deshiciera de ella porque iba a tener para él un significado inestimable. Al entregarle la llave de la vieja cerradura le impartió una bendición y le signó en la frente una cruz con el agua sagrada.

En adelante, la caja ocuparía el sitio preferencial de todas las estancias donde habría de vivir el hijo predilecto. Y, varias veces, a pesar de sus apuros económicos, tuvo que hacer esfuerzos titánicos para arrendar las viviendas donde pudiera tener bien resguardada la herencia materna. Nunca olvidó las últimas palabras de su madre.

Pasaron los años. El arca estuvo almacenada por varios meses en una habitación del norte de la ciudad donde sólo cabían los dos. Después, alquiló la buhardilla de un artista amigo para guardarla, y día de por medio llegaba hasta allí para comprobar que estuviera intacta.

Aquella desconocida herencia le iba produciendo una desazón inexplicable, tanto que varias veces soñó que la caja se abría misteriosamente en la oscuridad de la noche, y de ella salía el espíritu de la madre como si escapara de la lámpara de Aladino.

¡No puede ser!, gritó una madrugada cuando despertó de una pesadilla bañado en sudor, en la que tres ladrones cubiertos de sábanas blancas se llevaban el arca y la arrojaban a un precipicio que ardía en llamas infernales.

Otro día tuvo que liarse a golpes con un individuo que había llegado a reemplazarlo en la habitación de alquiler, y que se llevaba la caja con la intención de abrirla a martillazos en la terraza trasera. En este trance perdió un diente que nunca pudo reemplazar, que lo obligaba a hablar bajando el labio superior y, al reírse, tapar la boca con una mano.

En el momento de mayor penuria, cuando no pudo pagar un arriendo para la protección de la herencia, decidió pedir el favor a una prima rica que la guardara en su casa mientras mejoraba la situación. Esa decisión fue como un bálsamo: Desde ese día pudo dormir profundamente y ya no se sobresaltaba con pesadillas tenebrosas. Podía quedarse donde lo sorprendiera la noche; amanecer en juergas interminables; viajar con quien le propusiera llevarlo y evitarse el pago de arriendos innecesarios.

Los amigos de farra estaban fascinados con el cambio que había tenido, y le hacían repetidos reclamos porque antes no les había dedicado el tiempo suficiente para compartir el trago y las drogas.

Como nunca le había ocurrido, se enamoró de una linda jovencita que lo admiraba por su desenfado y su creativa imaginación. Ella lo había

observado en varias ocasiones sin que él lo notara, y se dio a la tarea de que se fijara en ella inequívocamente.

Fue una noche de bar. La mesa más animada era la de este grupo que, entre carcajadas y chanzas, se divertía ruidosamente. Ella, con decisión, pasó frente al corrillo y se sentó en la mesa del lado con un vaso de licor en la mano. Los animados juerguistas notaron su presencia y le lanzaron algunos gracejos, hasta que uno de ellos la invitó a que los acompañara. Pero ella, imperturbable, permanecía sin pronunciar palabra alguna. “Es con usted” le dijo el vecino de la derecha. “Cáigale”.

Allí estuvieron cerca por primera vez, y algo indefinible los unió con firmeza desde aquel momento que les evitaba decir casi nada. Fue el inicio de un romance excéntrico en el que todo era singular: Se amaban cuando coincidían en las fiestas; se hablaban por teléfono cuando alguno se acordaba de llamar; jamás se hacían un reproche y no se celaban porque ambos tenían una confianza inquebrantable en la mutua fidelidad.

Se hicieron confidencias sobre su entorno familiar, su pueblo de origen y sus ambiciones. Poco a poco se acercaban más al interior misterioso de sus almas, pero sin traspasar la frontera inextricable del pudor. Era como una pareja de pájaros libres que seguía al pie de la letra el dictado evangélico de encomendar su subsistencia a la voluntad providente del Creador.

Cuando hablaron de la madre de él, un sobresalto repentino lo conmovió. ¡La caja!, gritó con pavor. Habían pasado largos meses sin preocuparse de su destino, y tuvo que hacer un esfuerzo veloz para recordar dónde la había dejado. La jovencita notó que un sudor frío le brillaba en la frente, y que tenía un temblor casi imperceptible en sus manos. Esta tarde volvió a padecer la desazón de otros tiempos.

Sin poder dormir en toda la noche, se levantó a prisa en la mañana siguiente para ir a la casa de su prima a recuperar la herencia. Era tempranísimo y el tiempo no avanzaba; caminaba de un sitio a otro en la mínima habitación de su novia, y cuando oyó que circulaban los buses de servicio público salió a las carreras.

Pulsó interminablemente el timbre para que alguien abriera la enorme puerta de metal y, al fin, todavía adormilada, salió la empleada que quedó asombrada por la figura patética del primo de la dueña. ¿Qué pasó?, le pregunto con curiosidad.

-Nada, que vengo por la caja de mi madre-.

La empleada se encogió de hombros y lo hizo pasar. En la casa todos dormían. Con nerviosismo, abrió lentamente varias habitaciones para tratar de ver si en ellas encontraba algún indicio del baúl; pasó al patio de atrás para esculcar entre maletas de viaje y cartones desocupados; siguió al garaje y removió llantas viejas, baterías desechadas, bicicletas en desuso. No había el menor rastro de la herencia.

Cuando la dueña despertó, la empleada le informó que su primo había venido a recoger una caja, y que estaba buscándola con afán por todas partes. ¿Cuál caja será?, preguntó extrañada.

Se dedicaron a hacer memoria de cuándo la había traído y dónde pudieron haberla guardado. En esa enorme casa vivían cuatro hijos, y cada uno disponía de los objetos familiares a su aire de tal suerte que era posible que alguno la hubiera usado. Preguntando acá y allá, nadie dio razón.

La única posibilidad era que una empleada que hacía poco se había marchado la hubiera incluido en su trasteo. Buscaron afanosamente el número telefónico que había dejado escrito en la libreta de las direcciones, y lograron comunicarse con ella. Efectivamente, la caja estaba en Cúcuta.

Con el dinero que les prestó la prima tomaron un bus de línea en el atardecer del día siguiente para viajar hasta la frontera. El tedioso viaje comenzaba en el terminal central y atravesaba la ciudad en medio de un tráfico enrevesado. El bus hacía frecuentes paradas para recoger los más disímiles pasajeros que subían con bolsas negras, canastos y maletas, hasta el punto de que varios tuvieron que viajar sentados en el pasadizo central.

En Tunja bajaron del bus numerosas personas entre los gritos de los vendedores que ofrecían empanadas, almojábanas, confites, agua embotellada. Después, a eso de las diez de la noche, en medio de una oscuridad medrosa se detuvieron en un restaurante carretero de Arcabuco para cenar. Ellos se quedaron durmiendo en el bus para no agotar el escaso dinero que llevaban.

En Berlín, una bella planicie del Páramo de Santurbán, el bus se estacionó en la madrugada para que los pasajeros tomaran el desayuno. A esa hora la vegetación tenía un delgado manto de escarcha blanquecina, y las hojas afelpadas de los frailejones brillaban con las gotas congeladas del rocío. En la posada Narai servían la changua casera repleta de pan y huevos acompañada de chocolate y arepas santandereanas. La enamorada pareja no se pudo resistir a tomar estas delicias y contrarrestar el intenso frío matinal.

Antes del atardecer entraron a la ciudad de Cúcuta que los recibió con una temperatura de treinta grados a la sombra, final del fastidioso viaje y reinicio de la penosa búsqueda. Preguntando en cada esquina dieron, al fin, con la dirección de la casa que buscaban, y se presentaron a la antigua empleada para que les entregara la bendita caja. Ésta los hizo pasar y les mostró el arca para que comprobaran si se trataba del objeto por el que estaban averiguando. ¡Sí!, exclamó con regocijo el emocionado heredero.

La buena mujer les ofreció hospedaje para que pasaran allí la noche explicando que ese barrio era peligroso, y que, a esas horas, no era fácil encontrar dónde alojarse. Ellos, agradecidos por la hospitalidad, descargaron sus morrales con el ínfimo equipaje que portaban, alzaron la herencia y pasaron a la habitación que les ofrecieron.

Los planes que habían hecho al decidir el viaje consistían en abrir la caja, escoger algunos objetos que pudieran vender y, con el dinero obtenido, pagar el viaje de regreso. O, tal vez, quedarse algunos días en la cálida ciudad para disfrutar sus encantos de puerto fronterizo. Ya, completamente sosegados, durmieron plácidamente durante la noche.

Al despertar, se dispusieron a abrir el misterioso baúl. Como no tenían la llave de la cerradura pidieron prestadas unas elementales herramientas para hacer la delicada operación en el patiecito interior. Con explicable ansiedad, los jóvenes intentaron destrabar el cerrojo con un destornillador, pero fue en vano. Le introdujeron el alambre de un gancho de ropa y tampoco lo lograron. Probaron varias llaves, pero nada consiguieron. Al fin, el exasperado heredero le introdujo un punzón y a golpes de martillo hizo añicos la cerradura. Era la primera vez que la herencia materna aparecía ante sus ojos asombrados.

El contenido de la caja era muy extraño. Los objetos estaban resguardados bajo varias hojas de papel seda que, por el paso de los años, habían tomado un color amarillento. Al remover los pliegos, quedaron a la vista paquetes de sobres atados con cintas rojas. Debajo de ellos había un candelabro de plata de cuatro brazos. Después, numerosos recortes de prensa acomodados en estricto orden, varios álbumes enormes de fotografías, y dos libros de contabilidad.

En cuanto iban descubriendo el misterioso legado, el heredero palidecía de rabia, y la hubiera emprendido a patadas contra la inútil herencia si su novia no lo detiene y le pide que le dejara leer algunos de los papeles que encontraron.

Los sobres atados contenían las cartas que durante largos años se cruzaron los abuelos con su madre, y las que ella, enamorada, se escribía con quien iba a ser su esposo. El lenguaje alambicado y las formalidades de aquella antigua correspondencia a él le parecían ridículos y sin ninguna importancia. Los recortes de prensa no le decían nada, aunque eran el recuento cronológico de los hechos más destacados de su familia. Los álbumes de fotografías serían otra carga engorrosa, y los libros de contabilidad, que fueron llevados minuciosamente con una hermosa caligrafía, no eran más que las cuentas caducas de la riqueza que se esfumó en el desastre de los malos negocios, de la que sólo quedaron estos papeles inútiles.

Tomó la resolución inapelable de quemarlo todo para librarse de seguir cuidando ese bulto inservible, y arrojó sobre los papeles los restos de la botella de aguardiente que habían comprado al iniciar el viaje. Antes de encender el fuego, sacó el candelabro de plata que era lo único que tenía algún valor para cubrir los gastos del regreso.

Con un desencanto insoportable cerró los ojos para tratar de dormir un poco a pesar del bamboleo del bus que avanzaba trabajosamente por el ascenso a El Picacho, la mayor altura de esa angosta carretera, camino de regreso.

Su novia, en tanto, sacó del morral la carta de la madre donde explicaba el contenido del arca, y que ella había rescatado furtivamente de las llamas que pusieron fin a la custodia extenuante del quimérico tesoro.

“Querido hijo: He dejado a tu cuidado lo más preciado de mi casa porque sé que tú lo sabrás conservar para que no desaparezca el recuerdo de una familia honrada que prestó importantes servicios a su tierra. En las cartas que escogí podrás leer cómo se amasó una mediana fortuna con el trabajo de los mayores, pero, también, cómo se fueron perdiendo los bienes por la incuria de quienes los heredaron. Además, las continuas guerras que azotaron a la patria sembraron la pobreza en los campos arrasados por los odios y las venganzas”.

“En las fotografías que organicé en esos álbumes figuran tus ancestros, tus parientes, las amistades que nos honraron, las casas donde vivimos, las tierras que trabajamos; en fin, en esa secuencia gráfica entenderás de dónde vienes.”

“Como un modelo a seguir, te dejo los dos libros de contabilidad que tu abuelo llevó en los últimos años para consignar de una manera minuciosa todos los movimientos de la economía familiar, y de los encargos que le confió la comunidad por tratarse del más pulcro de sus miembros.”

“De valor material, solamente te dejo los títulos de las acciones que él compró en la empresa cervecera más grande del país, que se han valorizado grandemente y con los cuales podrás tener un pasar holgado. Yo, con la venta de unos pocos de ellos he podido sobrevivir durante mis últimos años. Esos títulos van adheridos a las portadas y contraportadas de los libros de contabilidad, y están expedidos al portador sin término de vencimiento, con lo cual te quedará muy fácil hacerlos efectivos. Es lo mejor que puedo hacer por ti para que aprecies tu origen y vivas sin tantos apremios. Te bendice, tu madre.”

La joven quedó estupefacta. Puso sus manos sobre la cara y se quedó meditando un largo rato mientras su novio roncaba plácidamente. Todo era irreversible. Él se había asegurado de que no quedara ningún documento sin carbonizarse por completo de manera que no subsistiera ni un vestigio de lo que tanto lo atormentó. Ella tomó la carta, armó un apretado budoque con el papel y, cuando pasaban por el precipicio más abismal lo arrojó cuanto más lejos pudo para que su secreto no pudiera desvelarse jamás.

LA PENÚLTIMA IMAGEN DE ESE SUEÑO

Pasó mucho tiempo sin que se supiera nada de él. En un arrebato, producto de su personalidad inestable, se marchó rumbo a una playa sin nombre del Pacífico colombiano para ir a vivir su vida solo, según dijo antes de partir. Preparó con cuidado un extraño equipaje para esa improvisada aventura: Una libreta grande de apuntes; una caja de lápices de todos los colores; unos anteojos de cristales amarillos para el sol; un arnés de trabajador en alturas y un enorme cuchillo de varios usos afilado durante largas horas en una piedra de amolar. Era la insólita mezcla del menaje de un pintor naturalista y un vendedor de especímenes; quizás, los restos del naufragio de una vida sin rumbo que iría a terminar en un vuelo en picada desde el acantilado más alto. Así, después de pagar únicamente el pasaje de ida, abordó el bus de línea que salió de Bogotá a las cinco de la mañana.

Durante meses no envió un solo mensaje ni se comunicó con ninguna persona, y su silencio fue como si hubiera bajado al fondo del mar en una campana neumática. Tampoco, nadie se ocupó de su suerte ni extrañó su presencia porque antes, con frecuencia, había desaparecido sin contar dónde había estado en esas huidas repentinas. Siempre fue un ausente que aparecía de cuando en cuando trayendo de regalo cosas inútiles que nadie agradecía.

Cuando partió no sintió ningún temor por lo desconocido ni miedo a sobrevivir porque su vida había sido una sorpresa cotidiana. La mayor parte del tiempo la ocupaba en ir de un sitio a otro sin rumbo determinado, de manera que aquel viaje que emprendía al litoral del Pacífico era como si quisiera repetir en una sola jornada los miles de kilómetros que había recorrido en la incesante fuga de sí mismo.

No dejó nada porque todo lo había regalado al primero que pasaba con un desprendimiento sin amargura pues nada le pertenecía. Era como si quisiera que todos optaran por la indolencia que había sido la pauta de su vida; o como si deseara transmitir a los suyos el mismo desgano con el que había sido, apenas, un testigo del paso del tiempo, hasta llegar a los treinta y ocho años que llevaba a cuestas sin el más mínimo esfuerzo y viviendo por inercia lo que cada edad le deparaba.

De niño jugaba con los juguetes que encontraba a su paso, así fueran de otros, o con los que sacaba furtivamente de los almacenes sin llegar a comprender que era algo indebido. De adolescente ejerció el sexo como algo rutinario sin distinguir si lo hacía con mujeres o con hombres, y después fue cayendo en una abulia que le permitía dormir varios días sin interrupción y pasar hasta una semana sin probar bocado.

Pasó por las drogas sin adquirir adicción con ninguna, aunque las experimentó todas tratando de hallar alguna que lo entusiasmara de verdad. Cuando fumaba marihuana hizo varios arreglos en la buhardilla donde vivía para dar más emoción a sus trances: Puso un bombillo rojo en la lámpara de pie, que aflojaba estratégicamente para que se encendiera y apagara sin control al vaivén del piso de madera que se movía con sus fuertes pisadas; instaló un acuario con peces de colores que alimentaba con las hojas de la yerba que él fumaba y que, según creía, volaban fuera del acuario cuando se narcotizaban. Él mismo deliraba que se convertía en un pez dorado y nadaba en el espacio rojo de su buhardilla en compañía de los pececillos del acuario.

Un día se le ocurrió la idea de reproducir un espectáculo cruel como de circo romano, y compró dos pirañas para que persiguieran a los peces ornamentales que, por el pavor de ser devorados, volarían hacia la ventana abierta y quedarían libres para siempre. Pero la función fue menos excitante de lo que hubiera querido porque, en un santiamén, las pirañas engulleron a sus presas y quedaron solas nadando obstinadamente en su prisión transparente. A la mañana siguiente las

fritó para el desayuno, pero comprobó con rabia que detrás de sus enormes dientes afilados no había nada qué comer.

En la época en que empezó a usar cocaína mezclada con crack conoció a una linda muchacha que había caído en una drogadicción irremediable, y se fue a vivir en la calle del Cartucho donde ella permanecía la mayor parte del tiempo. Allá se hizo amigo de expendedores de drogas, ladrones vivaces, drogadictos atontados y prostitutas enfermas. Sobrevivía vendiendo pequeñas dosis de estupefacientes que le entregaban a crédito, y conoció de cerca el rostro de todas las miserias humanas reunidas en un solo lugar.

La rubia muchacha que lo invitó al Cartucho pertenecía a una familia pudiente, y había llegado a su estado lamentable por culpa de un novio que usaba drogas y la incitó a usarlas también. Pero, ella nunca pudo dejarlas. Regresaba todos los años a la casa de sus padres para entregar un niño recién nacido hijo de un extraño. Conservaba su bella figura como si el tiempo no le hiciera mella, y desapareció cuando al último de los niños que abandonó, presa de un llanto incontenible y de una inquietud extraña, le descubrieron la misma drogadicción de su madre.

Alguna noche, sentado en torno de la fogata que se encendía para ahuyentar el frío y donde los habitantes del Cartucho hacían una macabra tertulia relatando sus aventuras y desgracias, él recordó algo que tenía escondido en lo más profundo de sus olvidos. Fue el día en que abandonó su casa paterna cuando apenas había cumplido trece años.

Fue un mediodía, al regresar del colegio. De ordinario, entraba en la casa y pasaba a la cocina para tomar el almuerzo que le guardaban en un horno eléctrico. Pero aquel día algo extraño ocurría: La puerta principal estaba entreabierta y en el hall de la entrada había varias botellas vacías tiradas en el piso. Una música estridente sonaba desde adentro, y un olor de madera quemada invadía las estancias. Pasó a la

cocina como de costumbre, pero no abrió el horno de los almuerzos. Siguió por el jardín hasta el bar que su padre había construido en el fondo, que era como un pub inglés con todas las comodidades para beber, fumar y escuchar música. Cerca de la barra hecha con una viga de madera antigua, estaban los amplios muebles Chester de cuero rojo que daban al sitio un cierto aire de distinción, y las pequeñas ventanas cubiertas de vitrales lo mantenían en una penumbra tibia que permitía estar largas horas sin saber si era de día o de noche. En la chimenea ennegrecida estaban todavía los restos humeantes de todos los portarretratos de la casa.

Se notaba que había transcurrido otra interminable sesión de licores y de excesos porque quedaron vasos por todas partes, colillas de cigarrillos, prendas esparcidas desordenadamente sobre los muebles, y la música insoportable sonando en el enorme equipo que tenía parlantes instalados en toda la casa. Lo primero que hizo fue quitar la música y buscar a algún sobreviviente de aquel desastre rutinario.

Su padre era un empedernido alcohólico que, en los últimos años, decidió beber exclusivamente ginebra inglesa de marca Bombay Sapphire, y en un ritual incomprensible para el niño colocaba sus envases vacíos en una fila extensísima que salía del bar, pasaba por el jardín y entraba en la sala para terminar, justamente, frente a la puerta principal desde donde se devolvía por la misma ruta en doble fila. Setecientos cincuenta y tres frascos contó el niño la noche anterior porque uno de sus oficios cotidianos era acomodarlos cuidadosamente en el final de la hilera para que la puerta hacia la calle pudiera abrirse sin peligro, en tanto que se distraía contándolos minuciosamente. Cada litro de ginebra era la dosis diaria para el borracho padre quien, ya jubilado de su profesión de geólogo petrolero, vivía prácticamente en el bar de su casa.

Algo recóndito atormentaba al padre o, simplemente, quería olvidar los meses tediosos que pasó haciendo cálculos en los desiertos de Arabia, en las plataformas heladas del Mar de Noruega, en el húmedo calor del

Lago de Maracaibo o en la inmensidad nevada de Siberia. Como tenía una holgada pensión que la compañía le depositaba en dólares en un banco británico, no se preocupaba por nada material. Todo lo tenía pagado de antemano, de suerte que a su casa llegaba el dependiente del supermercado con los víveres y elementos de aseo; las comidas del hijo eran suministradas por un restaurantico del barrio; y la mujer que hacía la limpieza acudía tres veces por semana a recoger el inmenso desorden de cada día. Aunque nada faltaba en la casa, todo parecía perdido en ese caos inmenso que, como un torbellino incontrolable, arrastraba todo hasta el bar del fondo del jardín.

Cuando el niño salió a buscar a alguna persona, intuyó que se padre había subido al segundo piso de la casa porque oyó que alguien cantaba con la voz ronca del perpetuo trasnocho. Caminó hacia la escalera y, cuando se acercaba, sintió el estruendo seco de algo pesado que se estrelló contra el piso de mármol, y un quejido ronco que pronto se apagó. Era su padre que había caído desde el escalón más alto al dar un mal paso. Fue un golpe brutal del cráneo contra el mármol que lo dejó sin sentido, y un hilo de sangre espesa salía lentamente de la cabeza fracturada.

Se quedó mirando el cuerpo inmóvil con una indiferencia absoluta, esperó un largo rato para saber si quedaba algún rescoldo de vida en la extraña cara que había cobrado un color azuloso como el de las botellas de ginebra, y decidió marcharse de esa casa donde no tenía nada propio y donde la rutina diaria era meterse en su habitación para no escuchar los gritos de la fiesta y la música insoportable.

Ahora, al filo de sus cuarenta años decidió que lo mejor era irse a la orilla del mar donde no tendría necesidad, siquiera, de vestirse. Por eso llegó con su morral a la terminal de transporte y compró el pasaje para el primer bus que salía hacia un litoral que, por casualidad, era el del Pacífico, aunque bien hubiera podido ser el del Atlántico si se hubiera acercado a la ventanilla del despachador del lado. Por esa suerte, su

vida tomó un rumbo que sería definitivo, aunque él mismo no lo habría esperado.

Las olas intermitentes le parecieron el recuento anodino de su vida que iba y volvía sin ilusión ninguna, y que comenzaba en el amanecer frustrante de cada día con la noche tercamente oscura como único destino. También tuvo la sensación de llegar a un lugar donde el sol parecía estar envuelto en un papel de seda opaco, y en vez del calor sofocante del Caribe había un ambiente húmedo como el de un baño turco barato. Pero, estaba del otro lado. No tenía qué pensar a dónde ir porque ya había llegado; no tenía nada de qué arrepentirse porque todo había ocurrido sin su explícito deseo.

Atrás no quedaba nada suyo porque todo lo tenía olvidado, y era irresolutamente libre como el pájaro ante la puerta abierta de su jaula: la libertad que había alcanzado tenía el límite impreciso de su abulia, y el mar que se abría a sus ojos, a cambio de ser el amplio espacio que todos veían, le significaba el confín extremo de su sino trazado por las volubles mareas del Pacífico. Caminó hasta la playa y se recostó en la arena parda con su morral como almohada. Durmió con un sueño profundo durante largas horas, tal como lo hacía en las postrimerías de su adolescencia.

El mar de La Bocana, hasta donde llegó sin saber cómo, era distinto. Un azul celeste impregnaba el horizonte, y las olas se deshacían mansamente en la playa arenosa. Caminando un par de kilómetros por la orilla del mar pudo encontrar, ahora sí, la perspectiva infinita del Océano Pacífico, que en dirección norte se estrella con el istmo de Panamá, y hacia el sur, recalando en la bahía de Valparaíso, lame la Tierra del Fuego en el Cabo de Hornos por entre innumerables islas congeladas.

Allí dibujó la primera viñeta. Es una imagen de la playa como si hubiera sido pintada desde una canoa en movimiento: La arena parda tiene como fondo el celeste del cielo matizado con apretadas nubes grises.

Una espesa vegetación se levanta desde la playa formando un telón de fondo de un verde oscuro, y algunas figuras de colores parecen personas tiradas en la playa. No tiene fecha sino una extraña inscripción que sólo se pudo descifrar muchos meses después: “Empezó para el fin”.

Una tras otra, las viñetas fueron el recuento minucioso de un viaje inexplicable porque nadie daba cuenta de haberlo visto en esos sitios misteriosos. Y fue solamente cuando alguien estudió detalladamente el mapa del litoral pacífico de Suramérica cuando descubrió lo que significaban algunas palabras que aparecían al comienzo de cada serie de pinturas. “Pianguitazul” era la playa de Pianguita que se extiende más allá de La Bocana. “Guapichonta” era la serie que retrataba a los recogedores de chontaduro en la población de Guapi en el Cauca colombiano. “Guayasalinas” era la playa de Salinas cerca de Guayaquil. Las numerosas ilustraciones de un muelle que llamó “Desabrigado”, pintaban el puerto de Malabrigo, en el Perú. “Copiapó” eran las figuras coloreadas de la desembocadura del río de ese nombre en Acatama. Y “Elayer” era la playa de Puerto Viejo, también en Chile.

Las más extrañas eran aquellas que debían unirse horizontalmente para identificar el lugar que representaban. La serie comenzaba con unas torres metálicas incompletas y, luego, mostraba la quilla de un enorme buque. Aparecía, después, una bahía que tenía detrás un pueblo que subía por unas colinas repletas de casas de colores. Más allá aparecía un ascensor centenario que ganaba la montaña. En la última imagen algo faltaba y era difícil interpretar su significado. Era una serie incompleta.

Misteriosamente, las viñetas fueron llegando a Bogotá, a la dirección de siempre, en sobres que fabricaba con papel periódico y sobre los cuales escribía el domicilio del destinatario con colores variados. Llegaban en fechas inopinadas y con una frecuencia irregular. Parecían las ingravidas plumas de un ave perdida que buscara regresar a su comienzo. Eran como los mensajes cifrados de un corazón que

navegaba de vuelta con el último aliento. Eran hitos vitales, puntos arcifinos de un sueño interminable.

Una mañana fría llegó él. Apareció como si el tiempo de su ausencia hubiera sido corto, y nadie creía que eran tantos años si no los revelara la barba blanca que le caía sobre el pecho. Había envejecido. Su piel estaba tostada por el sol que lo atacó en las intemperies inclementes. Sus ojos tenían un color indefinido entre azul celeste y verde selva, y sus manos llevaban las largas cicatrices del oficio arriesgado de vivir sin rumbo.

Se echó relajadamente sobre la cama de su alcoba, que era el primer colchón que disfrutaba desde su partida, y mientras miraba hacia el techo sin recordar ni desear nada, el cartero trajo la viñeta que faltaba en la serie final de su destino. Tenía una inscripción que al fin se pudo descifrar: “Valparaíso, mi penúltimo paso hacia la muerte”.

TRILOGIA

I

EL INFARTO

Multitud de curiosos se agolpaban en las gradas del Tribunal. La expectativa reinante en aquella súbita aglomeración se traducía en un sordo murmullo, en tanto que un hombrecito menudo, de semblante cetrino y con una giba incipiente trataba de pasar con afán.

-Permiso, por favor. Háganme el favor – repetía con su voz aguda.

- ¡Déjenlo pasar que es el Citador! – gritó alguien.

El Citador del Tribunal era un hombre amable, puntual y célibe. Ordenado hasta la obsesión, era insustituible en la secretaría porque él compraba los cigarrillos del jefe, traía las empanadas de las mecanógrafas y pagaba los servicios públicos; sabía de memoria el estado de los procesos, cualidad que le permitía ganar jugosas propinas considerando la proverbial tacañería de los abogados que litigaban ante el Tribunal.

Esa mañana había estado en la Empresa de Energía Eléctrica y, como llegó por la calle de abajo sin atravesar el parque principal, no supo de la tragedia sino cuando subió trabajosamente las gradas de la entrada atestadas de curiosos.

En el interior todo era confusión. Las carrerillas de las secretarías, los comentarios en voz baja y el llanto daban al edificio un aspecto de

funeraria. La curiosidad, como una corriente marina, arrastraba a todos hasta la oficina del Magistrado.

En el preciso momento cuando el Citador intentó entrar al despacho, el Magistrado salía y, en la puerta, dijo sin titubear a los policías que lo esperaban para arrestarlo:

- ¡Bueno, vamos!

Ceremoniosamente el detenido se ladeó el sombrero con la mano derecha, metió la izquierda en el bolsillo del saco e inició la marcha. Caminaba impávido en medio de los agentes sin saludar a nadie como siempre que entraba o salía. Aquel desfile tenía el aspecto de un paseíllo de torero.

De repente apareció en la mitad del corredor el Doctor Mogollón, su colega de magistratura, y se interpuso en el camino del detenido. Estaba furioso. Sus ojos muy abiertos centelleaban detrás de las antiparras mirando al Magistrado al tiempo que un temblor apenas perceptible asomaba en sus manos y en sus piernas. Los policías, sorprendidos ante aquel inesperado incidente, sólo atinaron a prender cada uno por un brazo al Magistrado como tratando de impedir una fuga. Mogollón se abalanzó sobre él, le arrebató el sombrero y lo lanzó al suelo con violencia pisoteándolo repetidas veces con los dos pies. Después, frotándose las manos como si se sacudiera de polvo, le dijo:

- ¡Ah viejo cochino!, ¿con que no te quitabas el sombrero? - y dio media vuelta para desaparecer entre los presentes.

Todos quedaron inmóviles, y cuando los policías reanudaron la marcha remolcando al Magistrado de los brazos, el Citador se apresuró a recoger el sombrero y trató de enderezarlo con su puño para entregarlo a su dueño, pero ya no pudo adelantarse a la comitiva y apenas logró ponérselo en la cabeza desde atrás. Así, ausente por completo, apareció el reo en la puerta del Tribunal con el sombrero arrugado y puesto al revés.

El Magistrado había llegado a la ciudad hacía unos dos años, pero muy poco se sabía de su pasado porque no intimaba con nadie. Este hecho y sus excentricidades rayanas en la falta de juicio daban pábulo a la intervención de fabulosas historias sobre su vida.

Inteligente y bien apadrinado, trataba con sumo desdén aun a sus compañeros de magistratura a quienes les exigía el tratamiento de “doctor”. Tenía la manía de no ceder la acera a ninguna persona, y se ufanaba de que la Corte Suprema de Justicia jamás atendía las acusaciones que formulaban denunciante anónimos por su conducta extravagante.

Adobaba una avaricia enfermiza. Para no pagar arriendo por la vivienda, durante algún tiempo durmió en el propio despacho de magistrado sobre el diván de dotación, y efectuaba su aseo personal en el lavamanos del final del pasillo. Por eso, la mujer que hacía la limpieza lo encontró varias veces en paños menores vistiéndose en la oficina. Y no era extraño ver sobre el piso de madera, grisáceo por el polvo, las huellas del improvisado bañista.

A lo largo de varios meses almorzó en los comedora públicos de la plaza de mercado en compañía de caletas y mendigos sin ceder jamás en su arrogancia ni disimular su displicencia. De unas semanas para acá decidió hacerlo en un restaurantico de la cabecera del parque, donde protagonizaba insensatas discusiones por el tamaño del pan o la cantidad de los otros alimentos que le servían. Cierta día, después de consumir la sopa, hizo llamar al dueño y, tras una furiosa reprimenda, le anunció que no la pagaría porque había encontrado un pelo dentro de ella.

Acostumbraba a cancelar quincenalmente el valor de la alimentación que le suministraban y, cuando le hacían las cuentas, descontaba las papas que un día no comió, le leche que apenas probó o el servicio de

arroz que dejó servido. En ese establecimiento se hallaba el día de la tragedia.

Vivía solo en una pieza con puerta a la calle que alquiló en las afueras de la población, y por una desconocida razón contrató a un muchacho para que pusiera un candado cuando entraba por las noches y lo abriera todas las mañanas antes de salir a trabajar.

El día de la tragedia, el Magistrado le ordenó secamente a la secretaria:

- Llámeme al Citador.

Ella se levantó automáticamente y salió en su búsqueda.

- ¡Corra que el doctor lo necesita! – le dijo al verlo.

Cuando el diligente empleado se presentó, le ordenó sin alzar los ojos del papel que tenía entre manos.

- Vaya a la Energía y dígales a esos ineptos que yo no voy a pagar esta enormidad de cuenta. Explíqueles que el mes pasado estuve tres días fuera de la ciudad.
- No se afane, doctor –respondió el subalterno- Yo le hago el reclamo y verá que le rebajan otra vez la cuenta.

Serían las nueve de la mañana cuando el Citador pasó por la secretaría para recoger la carpeta de sus diligencias.

En la esquina del parque se encontró con Rullas que, acompañado por dos hombres, caminaba vociferando.

Venga y nos tomamos un tinto –le dijo al Citador- porque tengo que contarle unas vainas.

- Por eso –continuó relatando Rullas- voy a demandar a ese vejo miserable. ¡A mí no me la vela! Y, para que aprenda, le voy a dar fuate en la mitad del parque.
- ¿Qué pasó? – preguntó el Citador con aire de inocencia.
- Pues que condenó a mi cliente cuando ya habíamos arreglado todo.

Rullas era un tinterillo muy conocido en la población que había rodado del tumbo al tambo en su juventud. Regresó cuando tendría unos treinta años y logró hacerse nombrar oficial de un juzgado; mas, como era intrigante y se hacía notar en la política, consiguió que lo ascendieran a secretario, cargo que desempeñó por largo tiempo. Desde entonces ganó merecida fama de pendenciero y algo pícaro y, cuando lo expulsaron del poder judicial por sus indelicadezas, empezó a ejercer como abogado sin título.

Se hizo, hasta cierto grado, amigo del Magistrado y desde entonces se ufanaba de sus negocios ante el Tribunal, refiriéndose a casos en los que se comprometía a intrigar ante aquel.

Por aquel tiempo se decía que se habían puesto de acuerdo en un sonado proceso y, sea como fuere, Rullas hablaba con descaro del “arreglo”; pero desde el día anterior a la tragedia, en todos los sitios afirmaba sin reato que el Magistrado lo había estafado. Era la razón de sus estridentes amenazas.

Alto y delgado, Rullas tendría unos sesenta años de edad. Usaba un sombrero de color café con leche, y casi siempre vestía con su traje gris a cuadros. Despachaba en una pequeña oficina situada cerca de

la plaza de que atendía su hija, una muchacha veinteañera de cabello rojizo tinturado, ataviada de ordinario con atuendos provocativos.

Tenía otro hijo medio bobo que andaba siempre a su lado. Este era uno de los obsecuentes compañeros a quienes Rullas hablaba en voz alta en el café del parque para que todos lo escucharan.

A las once y media, como de costumbre, el Magistrado se caló su sombrero y, sin despedirse, salió de la oficina. Bajó distraídamente las escaleras del pórtico y tomó el andén del parque en busca del restaurantico donde almorzaba. Al pasar por el sitio donde alardeaba Rullas, su hijo con la boca llena de comida gritó:

- ¡Papá, ahí va el viejo!

El Magistrado ocupó un sitio en una de las mesas del restaurante, y sin mirar siquiera a la mesera le dijo fríamente:

- Tráigame el almuerzo.

Ella le describió con desgano el menú, y el pedante comensal sólo agregó

- Ajá, y bien servido.

Iba a comenzar a hojear el periódico cuando apareció Rullas en la puerta, y pasando bruscamente por entre las mesas le increpó con altanería:

- ¡Viejo miserable, hoy si me las va a pagar Usted no es el que me va a joder a mí y para que aprenda le voy a dar rejo en la mitad del parque!

El Magistrado, alzando los ojos del periódico y con algo de nerviosismo le respondió:

- Yo no le tengo miedo. Y si me va a irrespetar, le doy bala-
- ¡Pues salga a la calle para matarlo! – replicó el otro – porque usted es un sinvergüenza.

Y, diciendo esto, se apresuró a salir y alcanzó la mitad de la calle mientras el Magistrado se levantó, retiró la silla sin prisa y caminó hasta el andén.

La mesera, por estar reclamando los pedidos en la cocina no se enteró del altercado, y cuando vio que su cliente salía creyó que era otra de sus argucias para objetar más tarde la cuenta.

Algunas personas observaban en la calle, y los dos acompañantes de Rullas lo envalentonaban más. Éste hizo el ademán de sacar su arma, pero, el Magistrado, apuntándole con un revólver Colt de calibre 38 le disparó dos veces a la altura del pecho. El tinterillo se desplomó herido de muerte en medio del desgarrador grito de su hijo:

- ¡Mataron a mi papá! - exclamó lanzándose sobre el moribundo que tosía estentóreamente con un cigarrillo encendido en los labios.

Alguien se echó a correr gritando:

- Policía, policía, mataron a Rullas.

El Magistrado, con una palidez transparente, regresó al restaurante y se sentó en una silla próxima a la entrada donde la gente atropellándose, pero sin acercarse mucho, lo observaba como si se tratara de una fiera.

A los pocos minutos llegaron varios agentes a órdenes de un sargento quien, apuntando con una enorme pistola, preguntó:

- ¿Dónde está el homicida?

Éste se levantó, tomó su sombrero, y mostrando el arma que había dejado sobre la mesa dijo:

- Primero que todo yo necesito ir a mi oficina.

Muchos curiosos rodeaban el cadáver, pero cuando el Magistrado salió hacia el Tribunal en medio de los policías, todos lo siguieron formando una gran procesión a través del parque.

El juicio duró varios meses, tiempo que sirvió para que se ideara toda clase de conjeturas. La más comentada fue aquella según la cual los hijos de Rullas preparaban una cruel venganza. Y tal vez por ello era frecuente encontrar a los dos hermanos caminando alrededor del parque con voluminosos legajos, vestida ella de negro con sus atuendos provocativos, y el bobo con un botón negro sobre la solapa de su traje gris a cuadros. O verlos en las inmediaciones de la cárcel midiendo secretas distancias y vociferando siempre como lo hacía su difunto padre.

Aunque el Magistrado designó a un conocido abogado como apoderado, él orientó la defensa. Alegó legítima defensa, y la argumentación fue perfecta. Todas las circunstancias de tiempo, modo y lugar lo favorecían.

Una mañana, cuando el Tribunal sesionaba en Sala Plena, entró el Citador al solemne salón para entregar al Presidente un sobre proveniente de la Corte Suprema de Justicia rotulado con el sello de URGENTE. El dignatario recibió el envío con aire de suficiencia y los presentes guardaron silencio, en tanto que el ceño del destinatario se iba frunciendo al tenor de tan importante comunicación. Al terminar la lectura dejó caer pesadamente sus manos sobre la mesa, y con inmenso desagrado dijo:

- Señores, les informo que la Corte ha absuelto al Magistrado y ordena su reintegro a este tribunal a partir de la fecha.

Cruzó el salón una ronca exclamación de dolor que provenía del otro extremo de la mesa, donde el doctor Mogollón se desgonzaba víctima de un infarto cardíaco.

II

LA VENGANZA

La muchacha que atendía la oficina, absorta en el arreglo de sus manos, no se percató de la agitación que se producía en la calle. Con un pincelito seguía dibujando unas medialunas plateadas sobre el esmalte rojo de sus uñas mientras la gente iba y venía febrilmente por la calle del mercado.

Lograron distraerla de su ocupación los gritos del hombre que entró a la Agencia de Asuntos Judiciales demudado y tembloroso.

- ¡Mataron a Rullas, mataron a Rullas – repetía presa de la angustia.

La muchacha se levantó de un salto, y con un gesto de terror le chilló apretando los dientes iracunda:

- ¿Quéeee?, ¡só imbécil!
- Que mataron a su papá, bellezura – se disculpó humildemente.

Ella quedó estupefacta. Se dejó caer en la silla giratoria y, sollozando, le preguntó en voz baja

- ¿Quién fue?
- El hijueputa magistrado

- ¡Se me puso! – exclamó aspirando ruidosamente por la nariz, y con el rostro manchado por las pinturas del maquillaje que se deshacían bajo sus lágrimas.
- Y. ¿cómo fue?
- Pues... - tartamudeó el hombre- nosotros estábamos en el café de la esquina cuando el Magistrado subió por el parque. Su papá estaba furioso porque el viejo lo había estafado y dijo que le iba a dar fute. Mientras pagábamos la cuenta, el viejo se escondió en un restaurante de arriba; pero como su papá le conocía sus metederos, fue y lo desencamó a empujones, y cuando se iba a quitar la correa para darle, alguien le pasó un revólver al viejo y, cagado del susto, disparó y, tan de malas, le dio a su papá en todo el corazón.
- ¿Y ustedes qué hacían? ¡carajo! – preguntó indignada.
- ¿Nosotros? Pues ahí estábamos al lado de su taita, pero él dijo: quédense quietos que yo arreglo a este hijoemadre y ¡pum!, no joda, el balazo.

La muchacha permaneció silenciosa unos minutos. Con notable dominio empezó a componer el maquillaje frente al espejito de su bolso, y cuando dio los últimos toques a la línea de los labios echó hacia atrás la cabellera y se puso de pie resueltamente. El hombre no apartaba la mirada de la jovencita que, así, erguida, estaba radiante. Enseguida, ella le tendió solemnemente el brazo derecho y le dijo:

- ¡Júreme que lo vengaremos!

Él hincó una rodilla y respondió con decisión

- Lo juro, bellezura.

Quien hablaba con la muchacha era su novio. Se conocían desde niños porque habían vivido siempre, casa de por medio, en el barrio obrero donde ella era la única mujer en los juegos callejeros de la infancia, y competía al igual que todos en las actividades de la pandilla. Aunque lo consideraba de peor familia, era el novio oficial porque podía manejarlo a su antojo. Él se retiró del colegio apenas comenzó el bachillerato mientras ella lo culminó con relativo éxito, y mientras la muchacha adelantaba unos cursillos de secretariado, él se dedicó a trabajar con Rullas. Era lo que se llama un “arrastrador, o sea que permanecía en los alrededores de la plaza de mercado, en las instalaciones de la feria ganadera o en el parque principal a la caza de clientes para el tinterillo, quien algo le pagaba por su trabajo y lo ayudaba para que lo designaran perito o secuestre en los juicios que sustanciaban funcionarios amigos. Su mejor amigo era el hermano de la novia, el joven medio bobo con el que acompañaba a Rullas en el momento de la tragedia.

Mientras se celebraba el juramento de vengar a Rullas, en la cabecera del parque concluía la diligencia de levantamiento del cadáver. El juez dictaba todos los detalles del sitio, la hora, la posición del cuerpo y las demás circunstancias que permitieran adelantar con precisión la investigación del homicidio.

El más activo de los ayudantes del juez era el Citador del Tribunal Superior que conocía al dedillo el procedimiento, y en voz alta efectuaba el inventario de las pertenencias del occiso:

- Un reloj de pulsera marca Oris; una estilográfica Paper Mate; una billetera de cuero con la cédula, varias tarjetas personales y sesenta pesos en efectivo; una peinilla verde y una pistola marca Astra de balas “U”.
- ¿Está disparada? – preguntó el Juez.
- No – se apresuró a contestar el hijo de Rullas.

- ¡Le estoy preguntando al Citador! – replicó el Juez severamente.
- No, doctor. No huele a pólvora ni tiene bala en la recámara. En el proveedor sólo hay un proyectil – dictaminó el subalterno.

Fue semanas después cuando la hija de Rullas supo, al leer el expediente, que su padre ni siquiera golpeó al Magistrado como falsamente le contó su novio, y que, habiéndolo amenazado de muerte, no tuvo tiempo de desenfundar el arma porque el homicida al salir del restaurante le disparó de frente dos balas mortales. Estas circunstancias avivaron en ella el deseo de venganza, y desde entonces habló con insistencia de infringir una muerte atroz al verdugo de su padre.

Rullas dejó una ínfima herencia compuesta por la casa donde vivía en compañía de sus dos hijos, algunos ahorros consignados en la Caja Agraria, y los muebles de su oficina obtenidos en un embargo en el que se hizo nombrar secuestre. Con esa fortuna los hermanos empezaron a preparar la venganza.

La muchacha sugería colocar una bomba en alguna de las instalaciones de la cárcel o en el taxi que una vez por semana llevaba al Magistrado a las diligencias judiciales. Para complacerla, su novio se dedicó a fabricar un petardo de nitroglicerina con la complicidad de un amigo que robaba los elementos químicos del colegio, pero desistió del intento el día en que casi origina un pavoroso incendio.

El bobo, por su parte, proponía envenenar al Magistrado, y andaba averiguando cómo llegaban los alimentos al penal, pero no encontró una forma segura de suministrar el veneno a su víctima.

Por estas razones se veía a los dos hermanos midiendo secretas distancias en las cercanías de la cárcel y observando detalladamente todos los movimientos que ocurrían en torno al penal.

La jovencita que era, obviamente, más perspicaz que su hermano, consideró conveniente reclamar el derecho a la indemnización por la muerte del padre una vez condenaran al asesino. En tal virtud, consultó a varios abogados que le aconsejaron estudiar expedientes archivados, a raíz de lo cual solía pasear por el parque principal leyendo con aire heroico voluminosos expedientes en compañía del bobo.

En aquella época tuvo frecuentes altercados con los parroquianos que, con imprudencia, la llamaban la hija de Rullas o, simplemente, la Rullas, apodos que la sacaban de casillas y la hacían espetar procaces insultos a sus ofensores. Esta conducta fue despertando antipatías en su contra, hasta el punto en que las ofensas dejaron de ser involuntarias para convertirse en motivo de burlas entre mozalbetes y desocupados.

Estos hechos llevaron a la joven a desaparecer por un tiempo mientras el bobo seguía yendo habitualmente a las inmediaciones de la prisión y, secundado por el novio de su hermana, continuó preparando la venganza e informándose del curso del proceso.

Durante mucho tiempo el Magistrado ignoró las maquinaciones de los hijos de Rullas, y solamente cuando desapareció la muchacha conoció los téntricos pormenores de la venganza que preparaban. El desaparecimiento fue tomado por quienes lo aconsejaban como seguro indicio de una acción próxima y fatal. En adelante guardó severas precauciones: se hizo cambiar periódicamente de celda; y jamás volvió a tomar alimentos sin hacerlos probar previamente de un perro pequinés que le regaló el Citador del Tribunal.

Entretanto, el proceso se surtía favorablemente para el Magistrado. Cuando estaba próximo a concluir después de meses sin que se le pudiera probar el dolo, se despreocupó del asunto. Y como por su categoría y falta absoluta de peligrosidad podía disponer del tiempo a su conveniencia, reanudó sus frecuentes salidas.

Por aquellos días se celebraban las fiestas anuales, y el ambiente de la población, casi siempre taciturno, se animó con espectáculos y bailes. Al anochecer, amparadas por el anonimato, salían a la calle parejas de disfrazados que aprovechaban la ocasión para gastar bromas a sus amistades. El coliseo de deportes se transformaba en lugar de presentaciones musicales, y como era paso obligado hacia la cárcel, el Magistrado se detenía frecuentemente para observar la animación reinante en compañía del guardián que lo vigilaba siempre.

Aquella tarde el barullo era mayor. Vehículos con potentes altoparlantes anunciaban la presentación de una extraordinaria cantante acompañada de un conjunto musical proveniente del país vecino. En muchos sitios había pasacalles y cartelones que invitaban al espectáculo en los cuales se leía en grandes caracteres el nombre de la vedette: LIZA STAR.

El Magistrado y el guardián observaban la algarabía frente a la gran puerta de entrada recostados en la pared de una tiendecita repleta de bebedores.

Los únicos que conocían la identidad de la estrella eran el bobo y el novio porque ella misma había ido hasta sus casas para dejarles secretamente algunas entradas de cortesía: Era la hija de Rullas. También fueron los primeros en llegar al coliseo donde, nerviosos, esperaban la llegada de Liza Star.

En el momento en que entró el lujoso automóvil que la transportaba, el novio emocionado se abrió paso a codazos y logró llamar su atención cuando ella se metía de prisa por la puerta de los camerinos.

- ¡Bellezura! – le gritó con la cara iluminada, al tiempo que se lanzaba para abrazarla.

Pero, ella, con su brazo derecho estirado lo detuvo y, arrogante, le advirtió:

- ¡No!, Yo soy Liza Star. Y si he venido a esta puerca tierra es para demostrar lo que valgo. Ahora estoy triunfando y no puedo meterme con cualquiera.

El novio quedó paralizado. Un enorme desencanto se apoderó de él y, al verse tan humillado, se llenó de rencor.

Intentó retroceder para alejarse del lugar, pero los músicos que entraban con las enormes cajas de sus aparatos se lo impidieron. Caminando a empujones se vio en la platea de los espectadores y ocupó el primer asiento que encontró libre. Allí permaneció largo tiempo aturdido.

Volvió en sí cuando el anunciador presentaba a la hermosa cantante que hacía graciosas venias al público. El novio, sin mirar siquiera a su anónimo vecino, le dijo en voz baja con ánimo vengativo:

- Esa es la hija de Rullas.

El sorprendido confidente se apresuró a transmitir aquel insólito descubrimiento y, en un instante, el chisme corrió velozmente entre los espectadores.

De pronto, un grito retumbó en lo alto:

- ¡Esa es la hija de Rullas!

De inmediato, voces enfurecidas surgieron por todas partes:

- ¡Rateros, esa es la hija de Rullas! ¡Ladrones, esa es la Rullas!

Caían zapatos, pedazos de sillas, envases, y en medio de aquella orgía de vulgaridad la muchacha tuvo que desaparecer rápidamente acosada por los groseros bodoques que le lanzaban sin piedad.

El Magistrado, que permanecía recostado en la tienda del frente, se extrañó ante aquella formidable baraúnda que al exterior llegaba en oleadas intermitentes en medio del estallido de los cristales. Pero cuando escuchó gritos que parecían decir Rullas, Rullas, reanudó súbitamente la marcha hacia el penal seguido por su guardián, y enfundado en su grueso abrigo cavilaba si no sería aquella la voz de la conciencia.

III

EL CITADOR

Desde cuando mataron a Rullas, el Citador cambió por completo su comportamiento. Él, que no bebía sino en raras ocasiones, empezó a emborracharse casi a diario y era frecuente verlo llegar al Tribunal sin afeitarse y con el cuello de sus camisas arrugado y sucio. Siempre había cumplido con precisión los horarios y encargos durante los catorce años que completaba desempeñándose como citador del Tribunal Superior, y su figura menuda y ágil aparecía tanto en el último piso recibiendo la correspondencia diaria como en el café comprando las empanadas de las mecanógrafas o en los bancos retirando los extractos mensuales sin equivocación, sin tardanza.

Desde el día de la tragedia, el Citador olvidaba en cualquier parte la carpeta de sus mandados, llegaba tarde a las diligencias judiciales y contestaba casi con altanería cualquier insinuación. Pasó a ser tan insubordinado que el Secretario tenía resuelto comunicarle todo al Presidente del Tribunal para que fuera sancionado sin consideraciones.

La mecanógrafa primera, una gorda señora de anteojos redondos, de 55 años de edad nunca confesados y considerada como la de mayor autoridad entre las empleadas, lo abordó amablemente una mañana en que lo vio menos huraño que de ordinario y lo reconvino así:

- Oiga, ¿a usted que le pasa? aquí estamos aterradas con su cambio. Nosotras que contábamos con usted para todo hemos comentado: ¿qué será lo que le pasa al Citador? Pero nadie se explica, y el Secretario está dispuesto a acusarlo ante el Presidente. Cuénteme en qué puedo ayudar.

Ante aquella generosa actitud el Citador no pudo responder con altanería y se limitó a decir:

- No. No se preocupe. Ustedes no tienen la culpa...Perdone – agregó con una sonrisa forzada y, acorralado, se retiró de prisa.

El Citador vivía con su madre en una casa que adquirieron en el Instituto de Crédito Territorial y que pagaban por cuotas desde hacía varios años. Era un hijo inmejorable y, desde la muerte de su padre quien murió siendo sacristán de la Catedral, se hizo cargo de su madre.

La buena mujer llevaba una vida rutinaria: Asistía todas las mañanas a la misa de seis y regresaba a preparar el frugal desayuno de su hijo. Cuando éste salía para el trabajo, siempre a las 7 y media, ella se iba al mercado a comprar lo del día. Regresaba de ordinario con la mujer del zapatero que era su única amiga y por quien se enteraba de todos los sucesos del pueblo. El día siguiente al de la tragedia fue quien la tranquilizó porque la madre había pasado toda la noche en vela esperando a su hijo quien no llegó sino al mediodía. La vecina le informó que, precisamente, ese día habían matado a Rullas y que con toda seguridad los empleados del poder judicial debieron asistir al velorio.

- No vuelva a hacer eso, mijo,- le dijo cariñosamente la madre cuando el Citador regresó al mediodía. – Uno no sabe si le ha ocurrido algo.

Y él, por primera vez, le respondió de malas maneras

- ¡Ahh! No se meta en mis cosas que yo estoy muy crecido.

Desde entonces la madre notó el cambio de su hijo porque dejó de atender con puntualidad los gastos cotidianos, y su orden, que era el orgullo de su madre, desapareció por completo. Dejaba ropa sucia en cualquier parte; debajo de los muebles aparecían botellas de licor vacías, y las colillas de cigarrillos se multiplicaban por toda la casa.

La pobre mujer decidió contarle al párroco, viejo amigo de la familia, la terrible situación por la que atravesaba, y una mañana al terminar la misa le reveló sus preocupaciones.

El anciano sacerdote le aconsejó que lo llamara maternalmente al orden, pero ella le confió que no prestaba la menor atención a sus recriminaciones y que, por el contrario, más descomedido se tornaba. Optó por sugerirle que lo espicara en forma permanente porque podría tratarse de alguna mujer que estuviera influyendo desfavorablemente en su vida. También ella le confesó que, desde cuando le respondió con grosería, venía fisgándole sin encontrar el menor indicio de que estuviera enamorado.

Haciendo memoria, los dos ancianos descubrieron que el cambio tan profundo de su conducta se operó desde cuando mataron a Rullas. Con esa pista, el cura despidió a la buena mujer insinuándole que disimulara caritativamente los agravios de su hijo que, sin duda, se debían al fuerte impacto que sufrió por el asesinato del amigo.

La mujer justificaba a su hijo porque ella también se impresionaba enormemente con los muertos, y recordó el gran susto que le produjo encontrar debajo de la cama matrimonial el ataúd que su marido compró poco antes de morir cuando él mismo resolvió hacer los preparativos de su entierro. Para tratar de ayudar a su hijo, la madre comenzó a investigar lo ocurrido con ocasión de la muerte de Rullas.

La mujer del zapatero logró averiguar que el día de la tragedia el Citador había estado conversando con el difunto en un café del parque en las horas de la mañana y que, como ella lo supuso, pasó toda la noche en la casa donde velaron el cadáver. Contó también a la madre que la anfitriona del velorio fue la querida de Rullas. Lo que no supo sino cuando el propio Citador le contó, es que él había sido el auxiliar del juez en la diligencia de levantamiento del cadáver.

La mecanógrafa primera, quien había recibido de la madre la recomendación de buscar alguna pista entre los objetos del Citador, aprovechó una de sus ausencias y esculcó concienzudamente su escritorio. Nada importante halló: papeles en desorden; un cepillo de dientes; varios sobres de medicinas; hojillas de afeitar y un frasco de permanganato de potasio. Lo único que consideró importante fue una fotografía en la que aparece Rullas con inequívoco gesto de borracho abrazando afectuosamente al Citador. Con sigilo la tomó para entregarla a la angustiada madre.

Durante la velación, uno de los personajes más atendidos fue el Citador como reconocimiento a la sobresaliente ayuda que prestó durante todos los eventos que sucedieron a la tragedia, y porque los deudos de Rullas consideraban que su testimonio sería una pieza fundamental en el proceso que se iba a adelantar contra el Magistrado: él sabía los pormenores de la estafa de la que había sido víctima el finado, y en el levantamiento del cadáver tuvo que observar detalles inobjetables para probar que el asesinato fue cometido a mansalva. Poseionado de su papel, el Citador explicó repetidas veces el procedimiento a seguir y, complacido por la solicitud de la hermosa hija de Rullas, al calor de unas copas prometió ayudar sin reservas para lograr una jugosa indemnización por el vil asesinato.

La dueña de casa servía aguardiente en abundancia y pronto se vieron los primeros borrachos. La escena no podía ser más patética: el difunto yacía abandonado en la sala dentro de un negro ataúd con adornos dorados, en tanto que un hombre tambaleante trataba de encender un cigarrillo en uno de los cirios que alumbraban el túmulo; otro visitante roncaba estruendosamente tendido en un sillón. Las coronas de flores, casi desechas, estorbaban por todas partes entre el olor turbio que invadía la estancia.

La cocina, por el contrario, estaba especialmente animada, y la anfitriona le insistía al Citador que los acompañara hasta el día siguiente

para que asistiera al entierro porque sería el homenaje del Tribunal Superior a su difunto marido.

Una muchacha rubicunda, a la que le faltaba algún diente, se chanceaba descaradamente con el Citador y, ya en la madrugada, se daban libertades sin pudor. Los deudos y amigos fueron desapareciendo, y cuando nadie quedaba en pie, los dos entraron en la alcoba del servicio detrás de la cocina y se encerraron.

Fue más tarde cuando la dueña golpeó con afán buscando a su hija. La muchacha, aterrada, miró al Citador que, aturdido y medio desnudo, no supo qué hacer.

- Métase debajo de la cama – le dijo ella en voz baja.

El hombre, con unas medias negras que casi llegaban hasta sus rodillas, se coló debajo entre cajas de cartón y zapatos viejos. La mujer insultó a su hija por el descaro de quedarse durmiendo mientras ella tenía que hacer todo el oficio sin ayuda de nadie. Y todo por emborracharse de esa manera.

Y cuando, encolerizada, salía observó en el suelo unos pantalones y unos calzoncillos de hombre.

- ¿Y qué es esto? preguntó con rabia señalando las prendas.
- No sé, - respondió con gesto de estupidez la espantada muchacha

Echó una ojeada a toda la pieza escrudiñando cada rincón, y su instinto le indicó que debajo de la cama había algo extraño. Lentamente se arrodilló y alcanzó a ver los pies negros de un hombre y el brillo de unos ojos muy abiertos en el fondo.

- ¡Ahhhhh, ¿con que esas tenemos? –exclamó poniendo los brazos en jarra- Sólo eso me faltaba, tener a una vagabunda en mi propia casa.

Y dirigiéndose al intruso le gritó energúmena

- ¡Salga de ahí inmediatamente!

El Citador, temblando de terror y de frío, sólo se atrevió a mascullar:

- Voltéese que voy a salir

La dueña tomó la toalla que colgaba en la pared y, arrojándola debajo de la cama, le ordenó

- Tápese con eso.

Así, con la camisilla de tirantas, la toalla en la cintura y las medias negras el Citador escuchó la terrible sentencia:

- ¡Ahora tienen que casarse!

El pobre hombre estaba petrificado. Sentado en la orilla de la cama hundió la cabeza entre las manos como si fuera a llorar. Meditaba sobre sus obligaciones de hombre, pensaba dolorosamente en la madre e imaginaba el terrible escándalo que se produciría en el Tribunal. Todo eso lo condujo a tomar una irrevocable decisión: se casaría.

Esa fue la razón para que la dueña, su hija y el Citador no asistieran al entierro de Rullas porque mientras se celebraban los funerales de cuerpo presente, la nueva pareja se unía para siempre en la parroquia del barrio.

Por lo mismo, ese día el Citador contestó tan bruscamente a su madre para evitar darle cualquier explicación:

- ¡Ahh! No se me en mis cosas que yo estoy muy crecido.

Mas, lo que cambió completamente su vida fue lo ocurrido tres días después del obligado matrimonio cuando, al orinar por la mañana, el Citador comprendió que había sido contagiado de una infección venérea.